

19 de abril 1920

La corridita de ayer o la camisa de la Lola

Sobre los carteles anunciadores de la corrida de ayer, la Empresa de la plaza de toros mandó colocar el siguiente aviso:

"La corrida anunciada para esta tarde ha sido suspendida por orden de la autoridad, por haberse despuntado tres toros de los pitones, según dictamen de los señores subdelegados de Veterinaria.

Los poseedores de billetes no abonados podrán devolverlos en los despachos de la Empresa hasta la una de la tarde de hoy.

Madrid, 18 de abril de 1920. — La Empresa.

Muy bien; los señores subdelegados de Veterinaria han cumplido con su deber; la autoridad cumplió también suspendiendo la corrida; entonces, vamos a cuentas: ¿Quién no ha cumplido con el suyo? ¿Fué la Empresa o, según dice por ahí la eterna murmuración, los empujadores del imperio taurino, o sus secuaces, lugartenientes, trompetería, atambores y coro general? Aquí, en este asunto, con el culpable pasa lo que con la Lola de la canción: que

"la camisa ha parecido,
pero la Lolita no."

Háblese claro, depúrense responsabilidades; el público necesita una explicación de unos y otros; no hay que abusar tanto de sus bondades. ¿Es que la Empresa no tenía otros toros preparados, siendo los que se iban a lidiar, según doña "Cotilla", que está en todas partes, pequeños y de dudosa admisión? ¿No responde el público a su llamamiento y "pican" los "pececillos" a cualquier cepo que les pongan? Por otra parte, ¿es que la Empresa disponía de toros de otros ganaderos, y los "emperadores" coletudos del margen, o sus intermediarios, de quien ya se irá hablando poco a poco, no han querido aceptarlos? Dígase también, para que los aficionados que no regatean el aplauso a esos diestros sepan a qué atenerse.

—Anda, toma—decía ayer un viejo aficionado de los barrios populares a un chaval—; toma, empeña el "Longines" pa ir a la corrida; gástate en un billete, porque te doran bien la pildora, lo que no ties; pártete las manos aplaudiendo a tu ídolo; ten bronca en el tendido por él; vete a la "comi" luciendo un espléndido y bien dibujado chirlo que trazó en la cara tu adversario; ve después al juncio de faltas, para que te condenen con costas; regaña con tu parienta, y búscate la ruina por "tu torero", que no te cansas de decir "qu'es el tuyo, qu'es" el mejor, y luego, ¿pa qué?... ¡Primos!... ¡Mas que primos!...

Estos comentarios y otros muchos más pintorescos se han oído ayer, a propósito de la suspensión de la corrida, en todas partes. ¿Qué necesidad tienen unos y otros de que doña "Cotilla" se despache a su gusto y comente a su placer? Si no es culpa de la Empresa, ¿por qué carga con ella? Si no lo es tampoco de los toreros, ¿por qué aguantar estos decires de las gentes que, desorientadas y con justa indignación, tienen que acumular culpas a unos y a

otros? ¿Son los intermediarios, que de tanto querer a los diestros, tanto los perjudican? Pues póngase enmienda; aclárese esto, que va resultando para el público, y a pesar de la huelga de peluqueros, una "tomadura de pelo".

¡Ay, Madrid, Madrid, qué grande y qué noble eres! En ninguna parte pasa lo que en este bendito pueblo, que pagándolo todo a peso de oro, nos conformamos con lo que nos dan, y, en casos como este, se nos calma nuestra indignación recordando aquello de aquel gran Chueca, que llevó al pentágono los alegres decires del pueblo de Mdríd:

"La camisa de la Lola
un chulo se la llevó;
la camisa ha parecido,
pero... la Lolita no."

A. G.

3 De Mayo de 1920.

La tercera de abono

La pícaro caracolitis letúrgico.

En la hermosa soledad del campo, y en la espléndida finca «Cuartecarretero», propiedad del que fué afamado criador de reses bravas, don Esteban Hernández, hallábanse sus herederos gozando del plácido ambiente de la sierra, a cuyo pié se alza gigantesca la mole del histórico monasterio del Escorial, templo de Dios y sepulcro de reyes, que mandó construir el hijo de Carlos V, Felipe II, austero y religioso monarca, en cuyos dominios, como en tiempos de su señor padre, no se ponía el sol.

Hallábanse, digo, en tan apacible soledad, cuando vieron venir hacia ellos y envuelta en una nube de polvo, algo que en la lejanía semejaba una enorme amapola.

Quedáronse en suspenso, sin explicarse la causa de aquel fenómeno, hasta que se destacó a su vista caballero en un mal rocín la figura de un mono sabio que a todo galopar llegó hacia ellos.

—Pero, ¿cómo habéis podido llegar hasta aquí con esa caricatura de caballo?

—«Brioso» se llamó en mejores épocas de brillo y esplendor para él, y alguna que otra yegua relinchó al mirar su gallardía y su andadura a paso castellano; hoy el pobre está que no sirve, aun teniendo el rey de la pinta, ni siquiera pa acusar las cuarenta.

—Pero, ¿y cómo habéis podido llegar hasta aquí con él?

—Le dí antes de salir de los madriles friegas de estofao y gasolina en sifón. Al pasar por la Cuesta de las Perdices, un señorito «bien», nos gritó: «¡Adios, ridículos!», después pasamos por no sé qué pueblo, y el ayuntamiento en pleno salió a recibirnos a la carretera; yo, creyendo que se trataba de algún acto oficial, les dije:

23/

—Gracias, muchas gracias señores por su amable recibimiento, pero no se trata de «Babieca» aquel famoso caballo del Cid, ni de aquél no menos famoso «Rocinante» que acompañó en sus aventuras al hidalgo manchego don Alonso Quijano el Bueno; se trata de «Brioso», que lució algún día su esplendor por la Castellana, y hoy hace el pobre oposiciones para ingresar en una fábrica de botones de hueso.

A lo que repuso el alcalde: Tú no tiés vergüenza a pesar d'ir de colorao; tenemos un tili fonema del otro pueblo por donde acabásteis de pasar diciendo que habéis infundío el pánico y que las gentes al veros han corrió despavorías, y sus han ladrao los perros del contorno, y s'han accidentao las gallinas, con que ala, ala, pasar pronto y no güelvas po aquí, que no queremos ver visiones.

Muchas gracias señor alcalde, le repliqué, y aquí hemos llegao después de muchas horas do camino a cumplir con un deber de conciencia.

—Pues, ¿qué pasa?

—Pasa, que los toros de ustés que se han lidiado ayer en Madrid por Saleri II, Sánchez Mejías y Valencia, han querído que sepan ustés cómo murieron, ya que en vida los trataron ustés con regalo; los animalitos, al morir, mujían, y un mono suplente que estuvo toda la tarde a mi lado, y que sino ha sido buey, lo será, copió al pie de la letra lo que querían dar a entender con sus mujidos; y aquí vengo a darles cuenta de tóo, aún a riesgo de risas y chacotas de alcaldes de lugar y caminantes.

—Cuenta, mono, cuenta.

—Antes he de decirles que yo no sé si a estas horas estarán procesaos los diestros por corrupción de menores; tal se puso la tarde, que el público no dejaba pasar na.

—Claro, los toros resultarían algo chicos, porque acostumbrada la afición a ver toros de nuestra ganadería más grandes, éstos, que son los primeros de la nueva cruz de Saltillos, son como éstos de tipo más pequeño.

—Al primero lo protestaron, y para sustituirle, nos dieron el queso, porque era de Villalón, el colorao del margen; los capitanes lo saludan; los piqueros lo perjudican malamente; los del palitroque pa-

34
san por delante del colorao como los malditos enmascarados del Tenorio, y el capitán Saleri lo pasa valiente por alto, haciéndose algo pesada la faena.

Da un pinchazo, media, y al segundo intento el alcarreño acaba con el de Villaló, que resultó un queso poco exquisito.

El segundo, que era novicio en este convento, cárdeno obscuro, y que atendía por «Comisario», los manifestantes lo mandaron a la comisaría sin respeto a su autoridad.

A mis cortas luces de mono, fué lástima, porque el torillo parecía bravo.

Sale a escena el segundo sustituto del primero y no sé de qué ganadería, y, antes de decir a lo que había venido, el respetable lo rechaza; la bronca va en aumento, hace mutis, y sale a escena el tercer sustituto del primero y del segundo; esto va pareciendo una charada; el público también lo protesta.

Sánchez Mejías manda retirar la gente; unos aplauden la conducta de Ignacio, y otros opinan que no está bien; hay varias broucas; ¡que falta hubiera hecho el «Comisario» de marras! Por fin, y después de diez minutos de estar el torito solo en el redondel, vienen los preceptores y se llevan al colegial.

Sale el cuarto personaje, sustituto del primero, del segundo y del tercero...

—Oiga mono, usted ha bebido.

—Ni agua; esto es más cierto que nos tenemos que morir.

El torito, que no se a qué familia pertenece, es algo cornigacho, y un tantillo buey, no es por alabarle; en vista de que no se pueden lucir con él de otra manera, Sánchez Mejías le coloca un par bueno, otro colosal y otros dos archicolosales; toma la muleta, lo pasa por la izquierda; le obsequia con un pinchazo, otro más y una estocada que acaba con el guasón.

—¡Gracias a Dios! ¡que le den al mono

un vaso de vino!

—Se estima la finura...

Bueno, el tercero, «Lusitano», negro zaino, criado por estos riscos, sale, corre y lo único digno de mención que hacen con él, son dos pares que le colocó Victoriano Boto, cuarteando con arte y levantando bien los brazos; y una magnífica estocada con que le obsequió Valencia después de un pinchazo tan superior como la estocada. El público, que es muy justo, ovacionó al muchacho.

44

El cuarto, «Gasparón»; ya le conocerán ustés.

—Mucho, negro bragado.

—Pos, a este toro lo mató «Saleri» después de varios pases, y de torearle muy cerca, de media estocada, y de una hasta la guarnición; pero, lo verdaderamente notable, vamos, lo mejor de la corrida, han sido los cuatro pares de banderillas que colocó «Saleri» a «Gasparón» el primero fué cambiando con gran precisión; el segundo en un terreno difícil; el tercero junto a la barrera, y precisando de una manera matemática la salida, y el cuarto, bueno, el cuarto qué colosal; levantó al público de los asientos para tributarle una gran ovación.

—¿Y el quinto?

—Un negro entrepelao.

—Ah sí, «Rodado» se llamaba, por qué habrá muerto.

—Todo; Mejías después de torearlo por alto y algún natural, lo dió un pinchazo y una estocada algo atravesadilla, y «Rodado» cayó «idem» para siempre.

—¡Dios le haya perdonado!

—¡Amén! Detrás del quinto, viene el sexto.

—Sí, dá esa casualidad, lo mismo ocurre en el Japón.

—Se llamaba «Cordillero», igual que mi gato.

—¿Se llama también así?

—Se llama «Belmonte», pero es también cordillero, porque se pirra por la cordilla.

—¡Que le suelten a este mono un buey!

—Ustés perdonen la libertad.

—Acaba, y déjate de chistes; ¡para chistecitos estamos nosotros aquí!

—¡Pos si viera usted allí!...

—Sigue.

—Valencia lo torea ceñido, y le dá un farol, lo cual que uno del público le dijo: «Dáele un chuzo, y hazle sereno.»

—¡Monito!, ¡monito!...

—Lo banderillean sin pena ni gloria, y Valencia, que sale etropellado al dar el

primer pase, lo mata de una estocada un poquito delantera, poniendo punto final a la obra.

—De modo qué...

—De modo que nada.

—¿Y para esto echaste el viaje?

5/

—¡Pa esto!

—Pues para este viaje no necesitabas alforjas, mono; nuestro único placer es que nuestros toros sean del agrado del público; siempre pusimos en ello nuestro entusiasmo; si ahora resultaron chicos, bastante lo sentimos, quizás más que Sánchez Mejías que unió su protesta a la del público, pero, en fin, toros quedan en la dehesa, pastos no faltan; y ganas de complacer al público, que bien lo merece, tampoco; nuestra divisa siempre fué de toros bravos y de poder, y estamos decididos a que no decaiga ni un momento.

—Sí, señor; pero por esta vez...

—Hombre. Pitágoras era Pitágoras, y alguna que otra vez decía sumando: dos y dos, cinco.

—Atí viene un propio del Escorial.

—¿Qué pasa?

—Un tiligrama urgente.

—Y dice: «Madrid 10 noche.

»Pánico población. Médicos Casas Sorro visitan sin descanso millares es-
»pectadores presenciaron corrida, ataca-
»dos caracolitis letárgica.

»Gobernador toma medidas energías;
»yo, medidas ropa.—Retana.»

—¡Qué horror! Vete, mono, vete; llévate esa espátula de la mala sombra, y dí a cuantos vieres y entendieres que el hierro de esta ganadería está muy encima de esas pequesíeces...

Y montando en el brioso corcel, procedente de una quiebra, salió el osado mono para los madriles, caballero en su arpa, perdiéndose en la oscuridad de la noche y cantando esta copla, que se escuchaba en la lejanía:

Por comer caracoles
se murió Anselmo,
y su esposa decía:
¡Malditos cuernos!
¡Ay santa Tecla,
por qué se los pondría
yo... para cena.

Antonio Casero.

Corrida de la Cruz Roja

5 Mayo 1920

De los campos andaluces
retornan con sus vasallos
el caballero Belmonte
y el valiente y noble hidalgo
Gómez Ortega, que viene
muy a los demonios dado,
porque si ganó en la lid,
mejor pudiera contarlo
a juzgar por los arrestos
del manco, bien probados;
y si el otro es noble príncipe,
y va el escudo ostentando
del castillo de Triana
con dos chivas, y tres gatgos,
con el lema de: —“ M'alegro
de verte “güeno”, gitano” —,
él ostenta con orgullo
cien blasones y condados,
y es heredero de reyes,
y salúdanle a su paso,
con clarines y atambores,
sus huestes con entusiasmo.
Allá en la Alameda de Hércules,
y en el torreón más alto,
para ejemplo de guerreros,
de moros y de cristianos,
firma sobre sus almenas,
ordea el pendón morado,
insignia de rey, pues rey
es de coletados astros.
Junto a ellos viene Megías,
capitán de arrestos tantos,
que témanle los guerreros
enemigos. Ataviados
viener de sedas y oro,
y con ellos, cabalgando
sus gentes con ricas galas,
que fiesta es de noble rango
la fiesta de la Cruz Roja,
de fines humanitarios,
y que preside esa flor
rúbia, capullo lozano,
que es Reina de las Españas
y de los pobres amparo.
Tapices de la nobleza
el coso están adornando,
y atruena la multitud,
con sus vitores y aplausos.

24.
a los Reyes, que presiden
el festejo tauromáquico,
y los clarines anuncian
la salida del astado.

Son éstos seis toros del excelentísimo señor conde de Santa Coloma, que de la isla menor del Guadalquivir vinieron, ostentando con orgullo el color caña y turquí de su divisa. Ellos, que son oriundos del de Suárez, y el Barbero de Utrera, para ser más tarde de Murube, y de Ibarra, fueron ganando, por sus méritos y bravura, en grados sociales, y hoy pertenecen a la Casa condal de Santa Coloma, noble prócer entusiasta de la fiesta nacional, que cuida con esmero de que conserven sus toros la pureza y bravura de su casta andaluza.

No sé cuál de los tres *dóctores* hoy celebrará su santo; pero a buen seguro que los tres serán obsequiados, no con acibar de Palhas, ni Miuras, ni de Pablos, sino con seis yemas de las monjas de San Leandry.

Primero.

«Carrión» se llama, negro meano.

Buen porte y mejor trapío;
me «suenas» a superior,
siempre fueron muy sonadas
las campanas de «Carrión».

Joselito lo torea estilo «dublé», y luego hace un quite oro de diez y ocho quillates. Le ponen una buena vara, y Sánchez Mejías hace un quite bueno. Cantimplas y Ortega, lo banderillean como para cumplir, y el magnate Joselito brinda a Su Majestad; hace reverencias y zalemas, propias de un buen creyente, y tranquilo y con arte torea a «Carrión»; le da un pase rodillas, cómo no; al parecer se hizo pupa en el dedito; y lo caza con la rechifla del auditorio; vuelve a cazarlo con una que acaba con el negro meano.

H/

Sánchez Mejía valiente y parando se
adorna en quites; arranca aplausos.

Joselito borda en hiligrana unos lances
que, mi Sorolla los pinta mejores!

Repite Mejía lo mismo que el cuñado
y con el mismo aplauso.

El debutante banderillea con su estilo
de gran banderillero y entre los pares,
pone uno de dentro a fuera emocionante.

Vuelve a sonar el clarín y el momento
es solemne.

Sánchez Mejía va en busca del catedrático
que lo va a doctorar en el paraninfo
de la Universidad taurina.

El catedrático, cuñado del alumno, está
dispuesto a darle unas calabazas, si las
merece; el alumno, que es aventajado, as-
pira al premio.

Gómez a su cuñado

dicen que dijo:

«Abí te entrego esos chismes,

tómalos, hijo;

que ganes «guita»,

y con salud la gastes

con mi hermanita».

Sentado en el estribo cita al toro: ¡qué
faena! ¡qué entusiasmo! ¡qué valiente; pa-
ses naturales, de pecho.

Yo, como novato en la materia me
emociono una mijita; me acuerdo mu-
cho de un chavalito de unos cinco años;
morenillo, sonriente y con ojos de aza-
baché. Era en Sevilla, y en la feria de
Abril del pasado año; Corrochano y yo,
visitábamos a Joselito, que nos habían
dicho que estaba enfermo; José vivía en-
tonces en casa de su cuñado Ignacio
Sánchez Mejía. Saludamos al diestro; y a
poco entraron en la alcoba Mejía, y el
chavalillo en cuestión, Jo-é, al ver a su
sobrino, le dijo desde la cama: «Vamo a
vé si se gana osté una coza».—El mucha-
cho miraba sonriente a su tío.—«Enseñe
osté a esto señore como ze pone un par
dr frente con gracia y valentía».—El chi-
quillo nos miraba y miraba a su padre y
a su tío, y le daba vergüenza.

—«Vamo a velo, sinvergüenza; ande osté» insistía Joselito, incorporado en el lecho. Y el mozo juntó los piés, alzó los brazos, y con una gracia infantil, y domaire de auen torero, arrancó marcando la suerte, no sin que antes le dijera su tío poniendo cátedra:—«Ecos brazos más ostendíós; saque más la barriguilla; tevamo osté má esa cabeza; ja vé como se arranca con garbo y marehosería». Y al machuchuelo, paso a paso, y muy graciosamente, se fué hacia la cama de su tío marcando el par; Joselito, loco de contento, lo jaleaba.

—«¡Olé!, eso está güeno... y cogléndolo y besándolo al llegar, le decía:

«—Se ha ganao osté un caramelo.»

Mejía, en un rincón de la alcoba, lloraba de emoción, y nosotros aplaudimos el chaval recordando aquello de que de casta le viene al galgo. Hoy, en este soleado momento en que su padre, por él y por sus hermanitas, va a jugarse la vida y el porvenir, no puedo menos de acordarme de aquel chavavillo moreno, sonriente y con ojos de azabache. Esto sonríe, pero como soy novato en la materia, me emociona una mijita; ya me fré «jasiendo».

Entrando bien, deja una estocada y después otra, que acaba con «Presumidos», toma para que no presumas más!

El público premia al nuevo «doctor» con una gran ovación.

Segundo

Lo bautizaron en la dehesa con el nombre de «Sinestro», y a buen seguro se celebró el acontecimiento, entre los baqueros y el mayoral, con la típica caldereta y el vinillo manchego, bebido en «cuerna», de pastores. Tanto agasajo al nacer y tan grande honor al morir, que no cae «Sinestro» en su hora postrera, en mano de ningún torero de bisutina vulgar, sino en las de un artista de oro de ley, como el de rancias pelucas de Carolus III.

Es Belmonte el mismísimo trianero, es el que ha de entenderse con «Sinestro» y que comienza obsequiándole con unos lances suyos, de estilo español, de Triana. Varelito hace un quite lucíéndose y saliendo atropellado del desplante.

Magritas y Mora salen a banderillar con las de lujo, y vamos, no entusiasmaron como de costumbre.

6/

El caballero Belmonte le pasa a tiempo de rigodón y lo da media estocada que acaba con «Siniestro», un siniestro sin importancia.

Tercero.

Superior ¡Que inmodesto es el pollo! ¡allá veremos joven, allá veremos!.....

Varelito le dá unos lances, y el toro pasa a los del escuadrón de caballería que no le tocaron la clásica retirada. La

Lo banderillean sin pena ni gloria.

Varelito después de la reverencia a los monarca, y del brindis al presidente manda retirar al personal al personal, y lo dé uno por alto, dos naturales, y uno de pecho, otros varios, y se tira a matar como los de mayor post^o en los anales del toreo.

Lo sigue pasando y vuelve a dar otro pinchazo entrando por derecho; el público le ocasiona y vuelve a pinchar y acaba de una estocada superior para el torero, no el toro que dijo al morir al diestro:

—Adiós, no te guardo encono:
gracias por el regalito,
¡m'has matao, más te perdono
por tu valor Varelito!

Cuarto

Negro, zaino. El empujador empieza con uno de rodillas y sigue bordanado sobre seda con oro fino. ¡Y qué quites!

De allende y no salazar
sino de allende los mares,
vienes, José, de ganar
ovaciones a millares;
y aunque has venido de allende
victorioso y triunfador,
ya ves que también aquí
se aplaude tu arte y valor.

Joselito coge los palos y le ofrece un par a Sánchez Mejías. Comienza José, solo, sin el peonaje, en un par al quitebro; Mejía otro igual sin preparación.

Repite Gómez Ortega, muy adornado, con uno magnífico al quiteo, y Mejía con otro levantando bien los brazos y muy igual.

Sánchez Mejía devuelve con finura los trastos a su cuñado y éste comienza con un pase de rodillas.

—¿Por qué...?

Es que como va a matarle
quiere pedirle perdón.

7.

Después sigue con naturales y cogien-
do el pitón al toro, y de, entrando bien,
una magífica estocada. La oírsean la
oreja y la ovación se oye en Lima.

Quinto.

De salida el animalito la toma con las
puertas del chiquero.

José quiere saludar al toro cortesmen-
te, y el toro no aprecia la firma del d. e.
tro. Los piqueros, entre ellos Camero, que
vuelve a actuar, lo pican, y Joselito, y
Sanchez Mejías, se lucen en quites.

Gómez juega materialmente con el toro.
Cantimplas y Cuco, ponen las de lujo con
relativo arte, y tratando de terminar pronto
por que Joselito está deseoso de vol-
ver a repetir la faena del cuarto, pero el
torito no tiene prisa; huela lo que le es-
pera, y unos minutos de vida, es vida;
por fin acabad los banderilleros, y vuel-
ve José a entusiasmar con su arte. Cerca,
saliente, y con un gran conocimiento de
lo que hace, pues el toro, sin ser malo, no
es como el anterior; lo pasa y alifia para
dar una estocada una mijita despreadida.

Sexto.

«Ligero», negro zaino, corraconeillo y
alegre; los pocos años! Belmonte, por
siendo todo su entusiasmo, quiere to-
rearlo, y el torito no quiere: ¡Contra un
toro no hay razones!—«No torearlo mu-
cho», dice el trianero; claro, como que
si no se acaba el toro. Lo pican muy re-
gularmente. Belmonte se luce en una me-
dia varónica.

Morenito de Valencia coloca un par
bueno. Magritas medio par, entrando

bien. Repite Morenito con uno regular,
y Magritas con medio a la media vuelta,
y Belmonte, ¡quién sabe sabe do val...
pues va a decirle al toro su millón de ve-
ces: ¡Andal! ¡Andal! ¡Andal... va a torear-
le muy movido, y a dar un pinchazo en-
trando de dentro a fuera; otro pinchazo;
otro pescocerillo, y media delantera y
caída. (Biscos).

Séptimo.

«Baturro», ¡Caray, que sea enhora-
buena! ¿te llamas Baturro? ya lo dijo
Atendocalazar, —«en siendo de Zarago-
za que me llamen lo que quieran»—Vare-
lito» muy valiente, lo da unos lances po-
niendo en peligro su «silueta». Picos;
voctan, caen. Los quites son medianos,
hay quien le pica al toro en el rabo ¡el
delirio!

14 de Junio 1920

Una corrida de saldo

O

El puesto de la verbena

—¡A rial y medio la pieza, lo que más gusto y convenga! ¡Aquí, al barato! ¡Todo se liquida!

—Anímese usted, señá Pepa, que a lo mejor hay objetos que paecen de bisutería y son alhajas fluisimas que ya quisieran las más valiosas brillar como ellas brillan.

—Dicen que lo barato es caro.

—U vice al contrario, señá Pepa.

—¡A rial y medio todo! ¡Aquí a la ganga, al derroche y al abandono! Todo, todo se liquida!

—¡Yo tero un toro!

—¡Calla, rico!

—¡Yo tero toreros!

—Niño, si hace falta para pan.

—¡Todo se vende barato!, ¡pasen, pasen, y verán de cómo el amo se ha vuelto loco! ¡Aquí, aquí, procedente de una quemal!

—¡Yo tero toros!

—¡Calla, pero, calla, que me vas amenizando la noche con los «Hugonotes».

—Pero señor, deja a la creatura, ¿qué t'ha hecho la creatura?, tira d'Amadeo y compra a la creatura lo que quió la creatura.

—Y mañana cuando me pidas el piri, te pongo a un Belmonte de esos con patatas.

—Sí señora, y me lo comeré con mostaza, si es ese tu capricho, reina de las tintas, pero no le quites al erío el placer de llevarse algo de la verbena; ¿qué quíes, rico?

—Toros y toreros.

—Vendedora, ¿tié usted ahí en ese saldo lo que pide el niño?

—Pos, de toros, por hoy no tengo más que los que usted vé, y de toreros esos tres: Misto, a este le dicen Celita; el otro Algabeño II, y el que está ahí colgao, Dominguín; le advierto a usted que aunque los doy baratos son cuasi juguetes de precio, y se les dá cuerda y torsean de verdad. *Biblioteca Regional de Madrid*

5/

Esto es, señores visitantes de la artística ciudad, residencia que fué de emires y reyes, el artista que en una corrida de bullanga, y a precios económicos, pasó de maleta y mató dos toros, como para otorgarle dos orejas y sacarle en hombros, y aclamado, por la calle de Alcalá hasta muy cerca de la diosa Cibeles; este es, señores y «ne pas touché», el ternero, lila y oro que llevaba el toreador; como estaría aquella tarde el diestro toledano, que se aumentó por aquellos días el precio de los albaricoques del hueso dulce.

Estas y otras cosas parecidas se han de decir del diminuto diestro toledano Domingo González Dominguín, que en la tarde del trece de Junio de mil novecientos veinte, y en una corrida de chirigota, dejó colocado el pendón de la torería andante, en las almenas más altas del alcázar toledano.

Hay que anotar señores, dos magníficos pares de banderillas del veterano Armillita, que cada día tiene mejor estilo de banderillero; estuvo el amigo como para que baje a recibirle a la estación de Alsasuo, el Ayuntamiento con maceros, dulzaina y tamboril.

También Victoriano Boto y Plácido, quedaron a la altura de su fama; y Zurito chico puso una vara de categoría.

¡Vaya fiesta! ¡el público divertido se va por donde ha venido!...

IV

—¿Que sus ha parecido esto?

—¡Vaya juguetes!

—¿Y son de soldo?

—Como tal me los vendieron; aún me parece estaría oyendo a la vendedora gritar:

—«¡Aquí todo a rial y medio!, ¡lo que más guste y convenga! ¡Al derroche, a la ganga, y al abandono!, ¡juguetes, juguetes procedentes de una quema!»

—¿Conque de una quema, eh?, no los cambio yo por los que se venden en los mejores bazares.

—Esa mujer no sabe lo que ha vendido.

—No dan categoría a lo que vale.
—Y luego dicen que no se encuentran gangas.

—Ya ve usted, y estaban allí en el puesto de la verbena arrinconaos, sin que nadie se acordara de ellos.

—Las apariencias engañan, compadre, y ya sabes que debajo de una mala capa, se oculta un buen bebedor.

—¿Y los torillos?

—No han salido malejos, qué carajo, menos el sexto, que era manso, los demás no desentoraron; pero lo ideal, lo asombroso, ha sido la tarde que nos dieron los muñecos de saldo.

¡Bendita la hora que me acerqué a comprarlos al puesto de la verbena! ¡Vaya corridita la del día de San Antonio!

Antonio Casero.

10 de Mayo

Carnicerito, Valencia II y Josefito; toros del Excmo. señor conde de Santa Coloma.

— Señor Paco, aliviando, que a las cinco empieza la corrida.

— «Attende vous monsieur», «attende vous».

— ¡Agarra! escarola o la «pimentel»; pos no se pone usted poco tonto porque arregla el calzo a mi cocinero de «Bayona».

— Tú varás cuando se ha visto en Lavapiés, en el propio barrio del barbero «Lamparilla», el de los faroles de Sabatini a un tachuelero que ponga en la muestra como yo: «On parle française», «Se echan takones, proveedor de la reina del color moreno».

— Bueno, ¿viene usted a la novillá ú qué?

— Para el carrito, hombre, para el carrito; ¿pero, es que a un aficionado de mi categoría le propones una novillá en jueves?

— Vamos, deje usted el tirapié y el engrudo, y aderezese esos seis pelos que le quedan de su ayer perdido, en la cabeza, que va usted a tener que vallar, porque parece un solar.

— Oye, Sansón, que yo también he sido de chaval marinerito y he gastao melena a lo paje; ya tendrás mis años, y cuando halgas tenido mis cavilaciones, veremos con qué te sacas tú la raya, porque va a parecer tu cabeza la pinta del billar del tuesto, que es ovalá; te digo y repito, que novillá en jueves es la «derniere» de la «docure».

— Total, que no viene usted.

— ¿Quién torea?

— Tres muchachos que vienen pegando.

— ¿A quién?

— ¡Ay que rico, firando chufas!

— ¡Acaba ya!

— Pos, torea, Carnicerito, que va siendo un tablero de postin; Valencia, dos palitos que va pa coche «slipincare», y un obico mala gueno que le dicen Josefito y que no es ningún boquerón de los que frien en el Pato y la Calata.

—Vamos, dos malagueñitos y un madrileño.

—O lo que es igual, el cante de hoy es por malagueñas, del propio Perchel, y por seguidillas boleras, de las de «Teburcio» el majo y «Puntillo» el bordador.

—No están mal los artistas, ¿y de toros?

—Seis novillos de diez y ocho quilates, como el oro de ley de las onzas pelucanas; Santa Coloma, es su dueño y señor, y prados son los suyos donde pasta el ganado la flor del romero y el almíbar de las monjas de San Leandro.

—Habrá que «dil»; y eso que yo me reservaba pa la de la Prensa, qu'es el 18, y apunta, por si quisés mandar un cable a tu tío el que está en Chile, por si quié venir a verla en monoplano.

Cuatro de Veragua, y otros cuatro de Albarrán; de jefes del movimiento vienés, el señor Rafael Gómez, Juanito Belmonte, el bilbaino Fortuna, que se aldrá cantando aquello de:

«Sale el toro por el alcó, por los cueraos fuego lo salé, saltadorí, brincadorí, por detrás de la genté.»

Si haser quiere este chico, ya se puede haser bien, o así; si se estaria valiente yo lo quisiera, para que ya te le aplaudieses desisión de Mazquiarán. Diego también le disen, o así pués.

¿Y el otro matador?

—Parece usté un sagurdño talmente, señor Paco, ¿ha estao usté por allá?

—No, pero me pitro por el bacalao a la vizcalna.

—¿El otro?, tú verás, un niño que está en el esmero; una gran «noveté», que todavía no le han visto de matador en Madrid; y cuentan, los que le escucharon el cante, que lo dice bien, y que hasta el propio señor Cayetano Sanz rubricaría las falsetas del niño. Chicuelo, que así le dicen al joven torador, que huele a dueño de corbijos, con jaca morcilla, galgos corredores y machos de perdiz.

—¿Y pa cuando es la corrida?

—P'al diez y ocho, y búscate influencias pa sacar la entrá.

—¡Yo soy abonao!

—¡Perdoná, «naviero», no m'acordaba!

—Señor Paco, que se hace tarde, ¿viene usted a la novillá, qué?

—Vámonos, aunque se quede sin zapatos, Pepa la «Desgalichá», que toma parte esta noche en la Costanilla en el concurso de baile tranquilo girando a izquierdas y emparejá con el «Chulo del rizo» pa tó el que tenga cara.

—¡Míá qu es usted flamenco!

—Más e'un buñuelo en junco que se balancea.

—Pero, señor Paco, ¿con qué se está usted sacando la raya?

—Con la lezna, hijo, con la lezna.

—¡Ahora comprendo cómo acabó usted con su pelo!

—¿Cómo?

—¡A puñalés!

—¿Conque Santacolomas; Carnicerito, Valencia II y Joseíto?

—Es, dicen los carteles.

—Pos, mira, pué que nos divertamos; cuando quieras, niño; arrea p' delante, y ese cuerpo que no haga arrugas.

iii

—¡Cómo esta la plaza!

—Como en las grandes solemnidades.

—Ya sale la cuadrilla, señor Paco.

—¿Cuál de ellos es Joseíto?

—Aquel muchacho que ahora cambia la seda por la percalina.

—Tié hechuras de torero.

—Este otro chico es Valencia II.

—Le conozco; está valiente con los toros, puede que la crisálida se convierta en mariposa.

—¡Dónde ha leído usted eso!

—En «La hija del bosque», por cierto que este muchacho, Valencia II, tiene que ganarse los aplausos a fuerza de arte y valentía, porque sin saber por qué tiene elementos en contra.

—Es que dicen que es pinturerillo.

—Natural; lo es un chaval que torea a una banasta con cuernos, ¿cómo no lo ha de ser un crío que torea toros de veras? Si tu me hubieras visto a mi cuando eché

4

los primeros tacones y me dijo el maestro después de mirarlos y remirarlos con las gafas: «Está bien Francisco, está bien!», bueno salí a la calle yo ese día, que me miraba en las lunas de los escaparates y me decía contemplando mi tipo: ¡Ole, ahí va un zapatero!; Calcula tu, este chico matando toros y escuchando aplausos; ¡Pinturerillo!, lo extraño es que no vaya por ahí vestido de Hernán Cortés.

— ¡Tú que aposarse!

— Ya se aposará, hombre, ya se aposará; ¡tú hechuras de torero!

— ¡Claro!

— ¡Está rabiosillo con los toros!

— ¡Digo!

— ¡Que el muchacho vé hacer feligranas a sus compañeros, y trata de hacerlas él mejor!, señal e' hay amor propio; ese es el torero, e' haiga competencia, e' haiga lucha, además, si es una creaturita, si el día menos pensao va a decirle en la plaza a cualquiera de sus compañeros, creyendo que juega al toro en la calle: «¡No me ajunto contigo! si lo que hace falta es que cumpia, y si no, ¡azotitos!, y, vamos con el

PRIMERO

— ¿Cómo se llama el primero?

— «Cofiososo», cárdene oscuro, braga-o.

— Muy movido torca Carnicerito.

— Tú que parar más.

— Pero, fíjate en ese quite que ha hecho.

— Muy bien.

— Entre los picadores y los banderilleros han estropeado al torito.

— No hay derecho, y con un toro tan noble.

— Bien entró Alpagaterito.

— Pero, no me gusta.

— Vamos con Carnicerito; el toro está como para incirse.

— Ahí tienes cómo lo pasa.

— Más movido que un flan.

— Señores, qué toro; ¡para cuándo son las faenas! El toro enseña al matador.

— No vuelve a salirle otro toro igual.

— Querrá que lo modele más Benlliure.

— Yo le voy a chillar a ese tabajero.

— Voces, no.

— Pero, ¡no ves que le viene ancho!

— Anda Dios, y se tira desde lejos y se la da delantera y atravesada.

— La bronca es de categoría.

— El público aplaude al noble animal.

5/

SEGUNDO

- «Cocineros», negro listón.
—¡Por qué me has traído, chaval
—Cualquiera se iba a esperar una cosa así con un toro de confitería.
—Veamos a Valencia.
—Muy bien. ¡Cómo le torea! ¡Qué valiente! ¡Qué ceñido! ¡Qué adornado!
—También Joseíto le hace un buen quite.
—Pero los piqueros están medianos.
—Buen quite el de Carnicerito.
—Y el de Valencia. ¡Qué ovación!
—¡Vaya tercio!
—¡Y qué toro!
—¡De categoría, hombre, de categoría!
—En cambio los banderilleros salen del paso.
—Hombre, el Sordo ha estao bien.
—No te quiero llevar la contraria.
—¡A matar!
—Bueno; como esté Valencia matando como estuvo toreando, va a crecer dos cuartas sobre el nivel del mar.
—¡Fuera gente!
—Parado y muy artista lo pasa por alto, de pecho y naturales, y después entra a matar. Ahí le ties, y deja media atravesada.
—Miste, y otra igual.
—¡Se le acabó el gas!
—¡Qué lástima!
—Ahora deja otra delantera.
—El toro dobla y el torero no oye la ovación que tú esperabas.

TERCERO

- ¡Quié usté alcahueses pa entretener el mal humor!
—No m'hables chaval, no m'hables ¡cómo se llama este negro listón!
—«Trabuco».
—¡Arrea, como se dispare!
—¡Ese es Joseíto!
—Socillo ha estado el pollo.
—Pero se dá maña.
—Allá veremos.
—Pero hombre, estos picadores son imposibles.
—¡Hay que parar más Joseíto!
—¡Pero qué quite es ese, pollo tabla-jero?
¡Coloquen ustés al toro en suerte, y no le lleven ustés a los medios!
—Señor Paco que se vá usté a quedar afónico.
—Eso me lo dice usté a mí en el paseo de los melancólicos!
—¡Señor Paco!
—¡Que le den al señor una sandía!
—¡Dejarme! ¡Yo institutriz!
—¡Que se siente!

6

—¡Que se calle!
—No me da la gana, y llevo seña.
—Vamos, hombre que están banderilleando.
—¿Has traído la navaja?
—La rifé ayer.
—¡Qué lástima!, ¡cómo han estao los banderilleros?
—En la convalecencia.
—Con lo bien que estaba yo en mi chirivital.
—¡Bien Josefeto!
—¡Ahí es gente!
—Me gusta más con la muleta que con la capa.
El torito aunque no es como los otros dos, está para que el matador se luzca.
—Y el chico hace lo que puede.
—¡Ya lo creo!
—¡Pero no torees de rodillas!
—Eso digo yo!
—Muletea con estilo y manda muy bien.
—¡No le bajas la cabeza!
—¡Así, por akto!
—Hay que lucirse, pero hay que darle al toro lo suyo.
—¡Vamos, a verlo!
—Un pinchazo entrando bien.
—Y otro superior, saliendo cogido al parecer sin consecuencias.
—El muchacho ha entrado bien y valiente.
—¡Tú verás que ovación!
—¡Merecida, señor Paco, merecida!
—¡Así dá gusto!
—Oye, ¿cojea?
—Sí, pero creo que no es nada.
—Voy a aplaudirle.
—Y yo.

CUARTO

—“Pandereto” le dicen, y es negro mulato.
—Carnicerito le torea regular. El público aún aplaude a Josefeto.

—Como que ahora me alegro que me haigas sacao del chirivital.
—¿Pero ve usté que piqueros?
—¡Todá la faena en el mismo tercio!
—Sí hombre, sí; que banderilleen ya.
—Bien, Alpargaterito.
—¿Y el otro?
—Bien, gracias. ¿Y tu tía?
—A otra cosa. Animate, Carnicerito.
—Este no es como el primero.
—Con estos toros hay que arrinarse para hacerse con ellos.
—Lo está pasando como el que pasa dista.
—El torillo achucha, y el novillero anda algo jindamilla.

- 77
- Y le da un pinchazo en una paletilla.
 - Carnicero; eso es dar el peso corrido y con piltrafas.
 - El toro muere.
 - ¡De asco!
 - ¡Te la has ganao, diestro! Como me mandes unas botas te cobro un millón por las tapas.

QUINTO

- «Zapatero».
 - Hombre, un colega, y es negro, bragao, y usted es charrao en verdugo.
 - Oye, pollo, que muerdo.
 - Mire usted a Valencia.
- #### Cogida de Valencia.
- ¡Qué horror!
 - ¡Qué ha sido!
 - Que en un lance le ha dao una corná, si parecer en un costao.
 - Yo si lo he visto que lo ha llevao el toro de un pitón a otro.
 - Estala el chico torseándole muy ceñido.
 - A lo mejor no será nada.
 - Así sea.
 - Oye, parece que aquellos que salen de la enfermería dicen que no es nada.
 - ¡Has visto qué par ha puesto ese chico!
 - ¡Superior!
 - Le llaman, creo, «el chico de la plaza».
 - Allá va Carnicerito, y estando pasándole sale Valencia; el público le aplaude.
 - ¡Vaya pundonor!
 - ¡Muy bien, chico, muy bien: así se ganan entorchados!
 - Otro se hubiera quedado en la enfermería.
 - Lo torca, y ¡vaya estocada!
 - ¡Señores, este chico será muy pinturerillo, pero es muy torero y muy valiente!
 - Yo le aplaudo, señor Paco.
 - Este momento de su vida torera de le apuntario con letra gótica.
 - Intenta descabellarle, y el toro se tacha y muere; el público aplaude la vergüenza torera.
 - Dicen que tiene un pequeño puntazo en el costado.

SEXTO

- «Contralero», negro, zaino.
- Joseito lo torca movido.
- Y algo descorrado.
- Y los picadores!
- ¡No me hables!
- Mira Joseito.
- ¡Bien!
- ¡Maneja la muleta!
- ¡Y el torillo le achucha!
- Y el chico se adorna.
- Recuerda algunas veces al de la calva morena.

8/

- ¡Como te splauden!
—¡Y yo!
—Domina bien al toro con la muleta y se recrea y se recrea.
—¡Cuidado muchacho!
—No te pierde la cara al toro.
—Media estocada; otra media bien colocada y el toro se echa.
—La «sortie parisís.
—¿Qué tal, señor Paco!
—Que t'agradezco que me haigas sacao del chiriyitil a medias.
—¿Qué tal los toreros?
—Joseito en su primero muy bien con la muleta y con el estoque; Carnicerito cero, cero; Valencia, dando la nota de valentía y pundonor torero; y Joseito en el último asomado y acabando como puede.
—¿Y los toros?
—Superiores, hombre, superiores, de Santa Coloma, nobles y bravos.
—¡Es mucha divisa!
—¿Vá ustedá venir el diez y ocho a la de la Prensa?
—¡Gallo, Belmonte, Fortuna y Chicuelo con Veraguas y Albarques!, claro y eso día estreno corbata y bota de tafi.
—¡Ole!
—Vámonos, aquí termina la historia.

Antonio Casero.

3

Curriyo, volvió a silbar, y Rafaé despetósa y dijo:—me extraña oze sirvió cuando estoy jasiendo en sueños una de mis mejores faenas.—A lo que repuso el bato:
—Faraón lo haga, y la Bernacla con-

vierta en oro su amapola; he zirbao, divi-
no carvo, porque vamo a entrá en los
Madrilé, tú pueblo natá, y quiero que la
nuestra gente le hagan los honore: gita-
nos; venga er zoná de vuestras guitarras,
chavaliyas, mové vuestras caeras ar com-
pá de las farsetas, y vosotras cantaoras,
venga cante por bulerías, y animá la
zambra, y ¡viva Madri, que é la cortel
Y cantando y gritando entró en los Ma-
driles por la puerta de Toledo la carava-
na bohemia con sus típicos calderos de
cobre, sus peludos borriquillos, y jaeas
enanas pamploesas, portadoras de vian-
das y socios «churumbeles», camino de
la meca «der» toreo «pa» «vé» «atoreá»
ar «compare» «Rafaé».

La tarde, es una tarde calurosa de Ma-
yo; los tendidos de sol brillan como as-
cua de oro, a los flamencos acordes del
pasodoble «El Gallo», hacen el paseo tau-
rino el auténtico Rafael, acompañado de
Juanito Punteret, un torero valiente y
pundonoroso, y de José Roger Valencia,
que de seguir como empezó este año, aca-
bará la temporada haciéndose uno de los
dueños y señores del cotarro taurino. El
duque de Veragua mandó una corrida de
toros dignos de la plaza de Madrid; bue-

nos, bien criados y bravos: algunos llega-
ron a la muerte aburridos de la mala lidia
que les dieron; ¿pero por qué han de abu-
sar tanto los peones de torear a dos ma-
nos, y sobre todo en el último tercio?

El toro «Pasiego», primero de la corri-
da, negro bragado, fué quizá el mejor;
con este toro destapó Rafael su arte de
finísimo estilo, haciendo con el capote to-
das las filigranas de su repertorio.

En sus mejores tiempos no toreó el gi-
tano con tanta valentía. Con la muleta se
fué al toro muy decidido, y mandando
retirar a la gente, comenzó con el pase
por alto y tres naturales superiores, pero
el tercero no es posible que nadie lo pue-
da dibujar mejor.

5/

Cocinero de allolis,
aderezador de fama
en guisos taurinos, deja
que mojen trece mil almas
y que se chupen los dedos
José, mojando en tu salsa.

foré, se lo pasa de rodillas; sigue con
un natural; otros que entusiasman al pú-
blico, y le dá media estocada superior que
seaba con el suadicho.

«Legañoso» ¡muy bien!

Estuvo con este toro
Josefito primoroso,
no se merecía menos
semejante «Legañoso».

Quinto.

«Centarero». Negro bragao.

El público sigue ovacionando a Jose-
lito.

¡Este sí que está bien despierto!

El toro es finísimo. ¡Qué tipo de ani-
mal!

Belmonte no encuentra enemigo por
ninguna parte. ¡Que se crée él eso!

Por los tendidos preguntan por Terte-
moto y, por fin, responde con media ve-
rónica.

¡Con qué poquito paga el interés del
auditorio!

El toro está bravo y noble, esperando
que lo piquen; pero, ¡miaul! ¡zape!

Josefito hace un quite de catedrático.

Los banderilleros del feliz durmiente
cumple muy bien, distinguiéndose «Mae-
ra» que es aplaudido.

El nene Juanfa sueña que lo torca bien,
¡lo que es la pesadilla!

El público quiere despertarlo gritán-
dole, pero el niño no se despierta; ¿será
la encefalitis letárgica? Hace que hace y
lo largó un ¡bu! hazo que a poco degüe-
lla al animalito, ¡plástima de toro! Por fin
le cae una estocada algo «travesada». El público trata de despertar al nene con
el griterío, pero el nene duerme; callad
que no se despierte!

Sexto.

«Peletero», berrendo en negro: Me-
jías lo da un lance de rodillas ¡camará
Ignacio, ni que estuviérais en las cua-
renta horas! El toro aunque es más pe-
queño que sus hermanos tiene tanto po-
der y bravura como ellos. Mejía y José
se lucen en quites. Belmonte sigue dur-
miendo ¡camará que sueñe! Lo pican
mal. Mejías ofrece las banderillas a su
hermano político.

3/

—¿Ande va su marío,
seña Prudencia,
tan relimpio?

—A ver la de
Beneficencia.

—¡Vaya arropia!
¡Si qué se ha puesto majo
su señoría!

Hasta parece que tiene
menos abriles.

¿Va al sol?

—Al sol, y cerca
de los toriles.

—El Tío Severo
siempre estuvo abonado
junto al chiquero.

—Es lo que dice el hombre:

“Mira, Fermína;
hoy en el mundo es todo
pura rutina;
a mí me llevas
lejos de los toriles
y me sublevas.”

Eso sí; lo que no se acaba, ni ahora ni
nunca, es la semilla de la hermosura en la
mujer. ¡Cómo está la plaza! ¡Qué mujeres!
Parece aquello una exposición de flores que
se disputan el premio de belleza y lozanía.

Suena el clarín, y se abren de la plaza
las puertas; ya la fiesta da comienzo,
y al sonar del alegre pasacalle,
los gladiadores hacen el paseo
ciñéndose el capote de oro y seda
fiamencamente a su adornado cuerpo.
El pueblo aplaude a Joselito el magno
por su feliz retorno al patrio suelo.
¡Salud, emperador del arte mágico
de “Pepe-Hillo”, Montes y Romero!
Tu aparición en el taurino coso
la multitud acoge con estruendo.
Belmonte, el campeón de cien jornadas,
sale animoso a demostrar, severo,
que sí “Gallito” es procer en la plaza,
él puede ser también procer y “medio”.
“Varelito”, el valiente, espera ufano
recordar con su espada al gran “Frasuelo”.
Sale Sánchez Mejías ¡¡sin que lueva!
Luce sus galas nuestro padre Febó;
quiere pagar con creces al muchacho
las malas pasadillas que le ha hecho.

Primero.

A la corrida asisten SS. MM. El públi-
co ovaciona a las Reales personas.

«Presumido» se llama en resumen y al
parecer es hijo de nobles padres.

Sánchez Mejía saluda al astado bruto,
que no tiene nada de ello, contesta al sa-
ludo respetuosamente.

21

decía el glorioso Núñez de Arcé, y yo, con gran admiración, recojo estos versos como broche de rica filigrana para adornar esta revista, que irá muy de "trapillo", muy a lo "Tío Diego", como dice la gente.

"¡Oh, recuerdos, encantos y alegrías" de aquellas corridas de Beneficencia en que, para conseguir un billete, era necesario una buena recomendación de Sagasta o haberse bebido un "chato de los Moriles" en un colmado de la plaza de Herradores con el señor Rafael Molina y "la compañía", o haberle querido a un órdago a la grande al señor Salvador Sánchez en la taberna "La Estufa", donde ponía "Frascuero" cátedra de mus!

Para esta corrida, los pocos billetes que se ponían a la venta en el despacho había que adquirirlos como adquirimos hoy una cajetilla, guardando "cola", y aunque dan lo peor, nos sabe a gloria.

Hoy la corrida de Beneficencia es una de tantas, un lleno más; nuestra plaza resulta ya pequeña; los afortunados que disponen de abonos para las corridas, hacen cuenta que tienen "navieras". Con ser mucho el entusiasmo de hoy, no puede compararse con aquel otro de entonces. La corrida de Beneficencia era un día "sonao", y por los barrios populares, "sonadísimo".

—¿Ande vas, chica?

—Al salón de peinao, a que me peinen con bandolina colá y patillas de candil, que mata "Frascuero" y dicen que "Lagartijo" va a dar la "larga"; voy con el mío a la Beneficencia.

—Suerte que ties.

—Y dos delanteras del uno.

—¡Eres una fenómeno! ¡Vamos, miste que dos delanteras, y a como está el papel!

—¿Y tú, no vas?

—Yo, sí; a la plaza del Puente, que mata el mío!

—¿Qué mata?

—¡El hambre! Una corria de caracoles con una ensalá de lechuga flamenca pa desengrasar.

—¡Ay, hija, lo que le gustan al tuyo los caracoles!

—Se pirra por los moluscos. Oye: ¿y no llevas a la plaza al Imperio Chino?

—Está en la convalecencia; le empené este invierno pa comprar cisco; me va a prestar uno de muchos flecos, rosas blancas con fondo coral, Margarita la fiadora.

—Pos que sus divirtáis mucho.

—Gracias; y al tuyo, que le sienten bien los caracoles.

Yo no sé qué rasgos fisonómicos vió en mí «maese Pedro», Rocanora, mi querido director, para meterme en estas andanzas que, a buen seguro, nosotros y el público, nuestro dueño y señor, han de perdonarme. Quedamos, pues, en que yo soy uno más que se ha «colao», como el gorrillo que trepando por las tapias de la plaza, ve la corrida al amparo de los espectadores que le ocultan cariñosamente para no ser visto por las dependencias. Yo también me cobijo en ese público bueno y en vosotros, camaradas leales, para que no venga un acomodador y me diga: «¡Largo de aquí, intruso, su tendido de usted es el de los sastres!»

Conste, pues, que seré para todos un casero que os cobrará... afecto y entonará siempre esta seguidilla:

¡Que quién es el coplerat
asa quien fuere
es aprendiz de todos
y a todos quiere;
pulea su lira,
/ aunque no es admirado,
canta y admira.

¿Y qué les digo yo a los lectores de esta corridita? Porque verdaderamente allí hubo muy poco digno de mención. Salí de la Plaza con una dosis de aburrimiento insoportable; y, «pensando a un tiempo y andando», dí a la que atardecía, por la calle de Toledo, tan animada y bulliciosa como siempre; y a la puerta de un establecimiento vinícola y hablando de toros, había un grupo, capitaneado por un viejo, vestido de limpio que llevaba la voz cantante de la discusión. Prestando ver las camisás del escarapate, me paré para oírlos y decían:

—Bonita corrida de inauguración.

—De «truasieme» olase, señor Luterio.

—¿Y, qué ganadería es esta de Molina Arias?

—Procede de aque'la famosa de Adalid; bueno, entonces estabais vosotros todavía en Judea; después pasó a ser propiedad de D. Félix Urcola, prestigioso ganadero, que siempre tuvo a sus toros «a pan» y «manteles»; hoy son, de este señor Molina, y, no está mal la cosa; ha mandao una corrida bien criada, y un toro tercero bravo, noble y dando prestigio al hierro de la ganadería; el último algo más pequeño que sus queridos hermanos, pero, desarrollado de pitones. Oye, decir que nos dan de beber.

En las graderías del aula se han colocado los oyentes; alguna que otra dama viene a ornamentar con su hermosura la solemnidad del acto. El presidente del Tribunal de exámenes, agita la campanilla y dice: Señores, va a dar comienzo el exámen teórico práctico-aurino. Yo ruego a los señores oyentes y a las bellas elegantes damas que nos han venido a honrar con su presencia, guarden la debida atención y compostura para que en ningún momento este tribunal tenga que llamar al orden a la cultísima concurrencia que nos hace la merced de asistir a este acto.

Uno.—¡Que le den la oreja!

Presidente.—¡Orden!, si vamos a empezar con «chufitas» me pongo el birrete de medio lado y, ¡pa chulo yo! Oiga, pollo, haga el favor de separarse más de esa señorita, que dá la casualidad que es mi ahijada.

—Es que nos han metido aquí, a los de este banco, con calzador.

—Puede el señor bedel abrir las puertas para que entren los alumnos.

El bedel obedece y salen los muchachos muy animosos y decididos, como si supieran al pie de la letra la asignatura; ¡allá veremos!

El Presidente.—Un poco de silencio: ¿quién es ese que molesta tanto? No, no se esconda y diga al punto quien es.

—Yo soy el dios Eolo.

—¡Anda dios!

—Silencio, y tenga buen cuidado de no molestar. Hagan el favor de acercarse los señores Sainz, Varé, Roger y demás alumnos que han de ayudar en los ejercicios prácticos. Con seis ejemplos tenéis que demostrar vuestras aptitudes en esta difícil asignatura, tan difícil como aquella declinación de pronombre *unusquisque*. *Unusquisque*, *unaquaque*, *unumquodque* y *unumquidque*, del curso de latinidad que el bueno de D. Emeterio Suñer explicaba en el Instituto del Cardenal Cisneros.

Unusquisque, que significa «cada uno», y para que lo entendáis mejor, «ca-que» de vosotros se las ha de entender con un astado bruto, quizá menos bruto que otros menos astados. Os mandé elegir para estas prácticas seis magníficos toros de Veragua, de gran abolengo; históricos animalitos que pastan en los prados ribereños del Jarama y del Tajo: ellos dependieron siempre de señores de alcurnia, reyes y grandes de España. Estas reses *vazqueñas*, llamadas así por haber sido su primitivo dueño un señor Vázquez, y que rompen plaza por su antigüedad, pertenecieron algún día a Fernando VII, no sé si antes o después de gastar el *paletó*.

Los duques de Osuna pasieron también su granito de cebada en la ganadería, y D. Cristóbal Colón de la Cerda, duque de Veruaga, su propietario actual, recogió de sus mayores este regalito, que él cuida con gran afición y esmero, para prestigio del «marchamo» que llevan de la «V» con la corona ducal, y la livisa encarnada y blanca.

Salid pues a vuestras prácticas que el género no es malo; el ganado es menos

gordo que otras veces, es noble como siempre, y de bravo, hay un tercero que cumplirá.

II

Señores alumnos: una vez terminados los ejercicios, yo les ruego hagan una breve explicación de los mismos para que este tribunal pueda afirmarse más en la calificación que ha de otorgarles. Veamos, pues, señores Saleri, Varehito y Valencia. Estos suben al estrado. Hable el señor Saleri, don Julián.

Saleri.—Con la venia.

Presidente.—Póngase la monterilla, y aunque sea en alcarreño explique el alumno con la mayor claridad posible su ejercicio.

Saleri.—Yo quise torear al bicho para sugetarle, y evitar un pequeño lio que nos estábamos haciendo y lo hice, me dá vergüenza decirlo, muy regularcillamente; me lo picaron y lo banderilleron mal, un oyento que le llaman dios Eolo, empezó a meterse con nigo, y a soplar-me; y sin lucimiento, y con algo de... aprensión maté al animalito de una est cada.

SH

Presidente.—Rectifique el alumno.

Saleri.—De estocada caída. En el cuarto, un poco más pequeño que sus «freses», lo saludé con unos cuantos lances algo embrolladillos; lo pican como si fuera un dátil; yo por animar aquello, cogí los palos y, nada...

Presidente.—No se inquieta y siga.

Saleri.—Lo pasé por alto, y le di tres naturales, un de pecho, varios de...

Presidente.—Si, de saldo, ya lo vimos.

Saleri.—Y, me entró un deseo, así como si quisiera recibir.

Presidente.—¿Que te crees tu eso!

Saleri.—Pero no aguanté, y le... lo... lo... le...

Presidente.—Calma, calma.

Saleri.—Maté, descabellé...

Presidente.—Bueno, basta, puede usted retirarse.

Señor Varé (Varolito) don Manuel; dígame algo de lo que hizo.

Varolito.—Un servicio de Seviya, y voy de sí muy pognito, y allá va; mi primero, que era un cardeno sosillo, no estaba mal; me llevaron la lidia ar contrario de lo que ordena er «Código sivi»; los toreaoes me lo toreañ mal, y a dos manos; yo lo lanceé argo embarullaiyo. Lo picaron y lo banderillearon... güeno, a otra cosa. Er torito no tenía ná de particulá, pero er gachó le tomó quere sia a las tablas, y allí lo tuve que atorea, y darle una estocada entrando bien.

Presidente.—Pero, saliendo el estoque por un brazuelo.

Varolito.—Eso e una degrasia, pero estuve valiente.

Presidente.—De eso no hay que hablar; porque volvió usted a darle otra estocada muy superiormente, y con el estilo de los buenos.

Varolito.—Se estima. Güeno, ar quinto me lo ator an mal, me lo pican medianiamente; y no jasemos ná en los quites; yo quiero cambiarle con la muleta; er torito diso que «nanay»; le doy uno de pecho, un molinete; un tío que disen que se llama Eolo, no hasa má que molestá, y m'arranco pa endiñarle ar veragüeno, una estocada argo atravesaila, pero entrando como pa mirame con telescopio; di después un pinchazo entrando que, pa qué, una chula me dijo: «Sigue así niño, que eso é mejor que muchas estocás»: Güeno, y por fin, me dá er coraje, me perfiló y...

5/

Presidente.—No siga, aquello que hizo, hace mucho tiempo, no lo veíamos hacer; entrando corto y por derecho, marcó usted el volapié, dejando en lo alto del morrillo una gran estocada, que aplaudimos todos, alumnos y profesores; a usted no le darían la oreja, pero la ovación no se la quita a usted nadie; aquellos aplausos valieron por cien orejas, y si me apura usted por otros cien rabos.

Puede el alumno retirarse, y espere que tenemos que hablar.

Señor Roger (Valencia) don José, madrileño de cepa, bautizado en la iglesia de La Paloma, y que bebe el agua de la Fuentevilla en porrón; díganos algo y temple esos nervios.

Valencia.—Rabiando estoy por hablar; yo soy muy modesto, señor presidente, pero tengo mis nervios; bien lo siento, pero eso no se puede evitar; con eso no quiero yo faltar al respeto, ni a la consideración del público, ni de mis compañeros. Yo hice con mis toros todo lo que pude; yo, a mi primero, lo toreé bien, lo banderilleé.

Presidente.—Sí, con estilo de buen banderillero, no le dé vergüenza decirlo.

Valencia.—Después de brindárselo al duque de Veragua, pasé al toro por alto de rodillas, y, entrando bien, le di una estocada un poquitín atravesada y contraria; un pinchazo después en el terreno de los toriles, y descabellé con la puntilla.

Al sexto, que era berrendo en negro, lo toreé con arte, y aunque me lo picaron malamente, yo hice quites buenos y ador-

nos; vamos, me da no sé que decirlo, pero...

Presidente.—Siga, siga el alumno; es cierto cuanto dice; siga.

Valencia.—Y ahora viene eso de los nervios; ¡maldita sea la!...

Presidente.—Calma, pollo, calma.

Valencia.—Es que me da rabia, señor presidente, ser así; ¡con el respeto que yo le tengo a los oyentes!

Presidente.—Sí, hombre, sí; no se sincere más; usted le dijo algo a Varelito; algo fuera de tono; aquello fué un momento de nerviosidad; después se abrazaron ustedes, y nada, hombre, nada, no llore,

Valencia.—Miste, ¡toro...

Presidente.—Sí, señor; porque tiene usted vergüenza torera y de la otra, de aquélla, porque llegó usted al toro valiente y decidido para darle una estocada entrando como los que entraron mejor; de la otra, porque después de caer el toro, llegó usted llorando a la barrera porque el público, al que tanto quiere, no le premiaba como merecía su labor.

Sí, joven, el público tiene también su pronto, que decimos, y a estas horas está comentando todavía las estupendas estocadas de usted y de Varelito; por algo se abrazaron ustedes, como lo están en la estatua que hay a la entrada de la Moncloa aquel par de valientes que se llamaron Daiz y Velarde.

Vaya, váyase el alumno en buen hora y espere también que tenemos que hablar.

(El presidente agita la campanilla y el bedel dice a los oyentes:)

«Hagan el favor de salir del aula que el tribunal tiene que reunirse para calificar.»

III

Por el claustro hay mucha animación, se esperan con impaciencia las notas, la gente joven corre y brinca animosa. Por fin aparece el bedel con las calificaciones, todos le rodean y tratan de arrebatárselas.

—Calma, o no las doy hasta mañana | dice el amigo.

—¡Callarse!

—¡Dejad al hombre!

—¡Que las lea Castrillo, que tiene buena voz!

—¡¡Que las lea!! ¡¡que las lea!!

Todos cogen a Castrillo en hombros, el bedel le entrega las papeletas, y dando el dó de pecho, grita el simpático estudiante: «Señor Sáinz (Saleri), don Julián,

¡Suspendo!»

Silencio en el claustro, sólo se escucha la voz de un compañero que dice: ¡¡ástima de machacho, con lo aplicadito que es!

—¡Que le tienen rabia los profesores!

—¡Silencio!

—«Señor Varé (Varelito), don Manuel: ¡sobresaliente y matrícula de honor!» Todos le aplauden y le golpean con entusiasmo.

27.
—¡Callarse hombre, callarse!

—¡Que siga!

—«Señor Roger (Valencia), don José: sobresaliente y matrícula de honor! Aplausos de los oyentes y de los compañeros.

La central taurófila se va desalojando, y aún queda algún que otro rezagado que dice:

—¡Vamos, míste que haberlos dado matrícula de honor!

—¡Qué injusticia!

El presidente del Tribunal, que pasaba por allí en aquél momento, contesta a los murmuradores: El tribunal, en su calificación, creyó hacer justicia, que por modesto, los tales alumnos son menos dignos de que les premie, y en estos tiempos de «gallinas» y «frescales», se debe premiar la vergüenza y el valor, que es lo que ha tenido en cuenta el tribunal.

Antonio Casero

Ni en el barrio del Castillo,
ni en Balmes, ni en Maravillas,
hay una chamberilera
tan *barbi* como tú, niña;
si son luceros tus ojos,
capullos son tus mejillas;
si claveles son tus labios,
es verbena tu sonrisa,
y pimienta tus decires,
y toda tú, gloria fina.
Con el aire que tú mueves
con tus andares, constipas.
Cuando te veo, palabra,
morucha, que m'acoquinas,
no sé si echarte una flor,
o santiguarme, ¡castizal!
qu'eres la chamberilera
más serrana y más bonita
que ha echao al mundo una dama
en la coronada Villa.
¿Quién soy? Ya lo ves, un hombre,
un viejales que t'admira,
el señor Pepe el cantero,
un afamado musista
que siempre quiere a la grande,
y siempre quiere a la chica.
Yo he picao piedra en el Cisne,
y he cantao por seguirillas,
y he marcao *chamberileras*
como no hay ya quien las diga.
En Covarrubias fuí *gente*,
y en Palafox fuí la envidia,

y en el
hice fel
Chambe

me sé beber cuatro tintas,
y aun se m'alegran los ojos
cuando veo una mocita
chamberilera que pasa
por delante de mi vista.
En Olid hay una reja
que si hablara, algo diría,
y por Olavide puede

que aun me quieran con fatigas,
y en Jordán tampoco falta
quien, cuando me ve, suspira;
que aquel Pepillo el cantero
tuvo mil galanterías
pa con las hembras, no ahora
que las ven y las denigran
los pollos, y no las dicen
más que cuatro groserías.
Ese soy yo, un viejo alegre
que sus camela y admira
a las mozas d'este barrio,
jardín de flores divinas,
que son caras de bandera
estas chamberileritas.
Rincón del Madrid castizo,
barrio de las modistillas,
que cuando salen parecen
bandadas de palomitas,
de *chamberilero*

CHAMBERILERAS

chamberilera bonita,
cuélgate ya de mi brazo,
que las campanas repican
anunciando la verbena
y publicando alegría;
ven a mi vera, chavala,
que al vernos la gente diga:
«¡Ahí va un Chamberí que muere
con otro que resucita!»

Antonio Saco

Ni en el barrio del Castillo,
ni en Balmes, ni en Maravillas,
hay una chamberilera
tan *barbi* como tú, niña;
si son luceros tus ojos,
capullos son tus mejillas;
si claveles son tus labios,
es verbena tu sonrisa,
y pimienta tus decires,
y toda tú, gloria fina.
Con el aire que tú mueves
con tus andares, constipas.
Cuando te veo, palabra,
morucha, que m'acoquinas,
no sé si echarte una flor,
o santiguarme, ¡castizal;
qu'eres la chamberilera
más serrana y más bonita
que ha echao al mundo una dama
en la coronada Villa.
¿Quién soy? Ya lo ves, un hombre,
un viejales que t'admira,
el señor Pepe el cantero,
un afamado musista
que siempre quiere a la grande,
y siempre quiere a la chica.
Yo he pícao piedra en el Cisne,
y he cantao por seguirillas,
y he marcao *chamberileras*
como no hay ya quien las diga.
En Covarrubias fui *gente*,
y en Palafox fui la envidia,

y en el baile del Castillo
hice feligranas, niña.
Chamberilero de cepa,
me sé beber cuatro tintas,
y aun se m'alegran los ojos
cuando veo una mocita
chamberilera que pasa
por delante de mi vista.
En Olid hay una reja
que si hablara, algo diría,
y por Olavide puede

que aun me quieran con fatigas,
y en Jordán tampoco falta
quien, cuando me ve, suspira;
que aquel Pepillo el cantero
tuvo mil galanterías
pa con las hembras, no ahora
que las ven y las denigran
los pollos, y no las dicen
más que cuatro groserías.
Ese soy yo, un viejo alegre
que sus camela y admira
a las mozas d'este barrio,
jardín de flores divinas,
que son caras de bandera
estas chamberileritas.
Rincón del Madrid castizo,
barrio de las modistillas,
que cuando salen parecen
bandadas de palomitas,
deja que un chamberilero

te salude con fatigas,
y tú, reina de las mozas,
chamberilera bonita,
cuélgate ya de mi brazo,
que las campanas repican
anunciando la verbena
y publicando alegría;
ven a mi vera, chavala,
que al vernos la gente diga:
«¡Ahí va un Chamberí que muere
con otro que resucital!»

Antonio Lasso

—Yo la dije a mi parienta,
u sease mi costilla:
«Por muchas velas que pongas
a San Antonio, ta chica,
aunque to lo gaste en cera,
se queda de infantería
u celibata; p'al caso
viene a ser lo mismo. Ehas.
Y me repeló que «¡Piscis!»,
y la repeló en seguida,
y estavimos repelándonos
un rato largo.

—Pos mira:
las hay más cocos y precan.
—Gracias por la tontería
que se te ha ocurrido; pero
no me la llares bonita,
que si se entera su madre
se va a poner mu ridícula.
No me ciega la pasión
de padastro. A esa la quitas
un par de detalles d'esos
que nos perturban la vista,
y en vez de mujer, te quedan
diez centínos de cordilla.
¡Qué vas a esperar de un padre
como el padre de la Elvira,
que era talmiente un marido
procedente de una rita?
Si la que hoy es mi mujer
se casó con él un día
que echó a suertes, u pa dices
al tálamo decidida,
u pa tomarse en el moka
cuatro cajas de verillas.
De un padre como ese padre
tió que salir una hija
a la vinagreta; y coste
que no es pasión de familia.
Yo le tengo allí colgao,
en el gabinete, y mira:
no es que se me arrugue el cutis
de ver «fantasmogonías»;
pero después de las once
de la noche, no me digas
que vaya yo al gabinete,
porque no voy; ¡No te rías
ni lo tomes a chacota,
porque tampoco tú ibas!
Yo no sé qué te el retrato
que pone el alma encogida.
—Gueno, ¿y de la vela qué?
—Pos na, chico, que veía
yo por la verbena, y vea
a la madre y a la hija
comprando un niesto de albahaca.
Voy, m'arimo, m'hago el líta,
y la digo: «Menos flores,
y un poco de longaniza
más al puchero, que hace
mejor semblante». Me mira,
y primer acto del drama.
¡Qué cosas no me diría
que hasta los clavetes blancos
del puesto de la florista
se pusieron rojos!

—Gueno,
que no eres de Andalucía.
Sigue.

—Na, que proseguimos,
y al llegar frente a la ermita,
va y dice: «Espérate un poco,
que salimos en seguida».
«¡Y qué llevais ahí?». «La vela».
Y claro, me entró la risa.
Y segundo acto del drama,

y otra vez vuelta a las mismas.
«Pero, ¿no t'has persuadido?».
Yo la increpo: «¡Todavía,
después de veintidós años
que vienes con la vela,
que el santo no quie ni veros,
y que sus ha echao la fila
y no sus concede un novio?
Pos anda, y no seas prima,
y cógele al saaristán,
y ve y dile: «Esta es mi hija.
Si se casa usté con ella,
lo resuelvo a usté la vida,
y le cambio la sotana
por un traje de llailla,
porque entre dárselo en cera
u dárselo en pasta rica,
cobre, papel, oro u plata,
no caviles, pitonisa».
Y aquí viene el tercer acto
del drama social. La chica
se me cae con el ataque
que la da de tontería;
yo la echo una miaja de humo,
su madre se encoleriza,
y voy, le quito la vela,
que era una vela de libras,
y con la vela la «salumbro»
diez veces en las costillas.
«¡Que no me pegues!». «¡Que toma!».
¡Muchacho, qué gritaría!
El humo de los brúnelos,
los sonos de la Bombilla,
el «tióvivo», las barracas,
automóviles, tranvías,
y pa final de sainete
que, seguidos de un guindilla,
nos vamos hacia la Comi
yo, mi mujer y su hija,
mientras tocan a verónica
las campanas de la ermita.

ANTONIO CASERO

"En la Verberna
de
San Antonio"

LA TORERÍA

Final de temporada

Con las corridas de las fiestas del Pilar dió fin la temporada taurina, que a buen seguro fué pródiga este año en tomarinas de alternativa y en tomaduras de pelo. Los «cachares» modernos derrocharon valor y arte, sin llegar éste al entusiasmo, aunque el público, siempre benévolo, aplaudió la buena fe de algunos artistas que hicieron cuanto les fué posible por agradar a los aficionados.

Algunos primates de la torería, por unas causas o por otras, o quizá porque no les pareció bien, allá ellos, no torearon en nuestra plaza, donde el público que a ella asiste siempre sabe paladear lo bueno; díganlo Belmonte y Sánchez Mejías, que, tanto el uno en la corrida de la Prensa, como el otro en la de la Cruz Roja, se les tributó merecidas ovaciones, que bien pudieran servirles de estímulo para no desdenar ni por un momento siquiera a este «cero taurino» que tanto ardechara en otras épocas todos los «prohombres» cotizados. Ya que se les paga bien, y se les aplaude mejor, no pongan obstáculos a las Empresas, o procuren con su valiosa cooperación en las corridas de toros madrileñas dar cumplimiento al público que todo lo paga y todo le merece.

El originalísimo Rafael «Gallo» nos hizo «de reir»; dió una de cal y otra de arena; toroó con su peculiar arte gracioso y espontáneo, y se tiró al callejón huyendo desparatado, a lo mejor de un choto inocente y noble, que, muriendo, parecía decirle: «¡No corras, primo, que no te cojo!» «Graneros», realmente dió la nota, en grado máximo, de fiel cumplidor de su deber, haciendo resaltar su labor de buen artista, en la que pone empeño en llegar a ser el maestro continuador de aquel prodigioso torero de feliz memoria que se apodó «Josefito».

«Chicuelo», ¿corridas?, muchas corridas, ¿merecimientos? ninguno, ¿afición?... no existe, ¿dinero que cobra?... ¡siete mil pesetas por corrida!... ¿Edad? ¡diez y nueve años!... Y el público, ¿quién?... ¡en la lugera! En cambio «Saleri II» es cada vez mejor torero y cada vez tiene peor suerte, porque no le dan los grados de importancia que en realidad merece. Su toroó fino y elegante, y su buen estilo en banderillas, nos recuerda al gran Antonio Fuentes.

Cometieron con él la injusticia de no incluirlo en el cartel de la corrida patriótica, siendo «Saleri» uno de los mejores toreros contemporáneos.

Luis Freg, otro caso de artista modesto y pundonoroso, que le cuesta cada volapié y cada ovación y oreja una cornada, y que ni tiene diez y nueve años, ni cobra ¡siete mil pesetas!... ¡Qué injusticia!...

«Celitas» dió su nota de buen matador de toros, e igualmente los dos «Nacional» y «Valencia», como también dió buen artista Juan Luis de la Rosa. Emilio Méndez toroó en nuestra plaza pocas corridas; pero supo deleitar a sus paisanos. «Carnicerito», «Valencia II», «Josefito de Málaga», Paco Madrid, «Pacorro», Pablo Lalanda..., en fin, toda la gente modesta, hizo cuanto pudo por dar gusto a la parroquia.

Los toros no se distinguieron, salvo contadas excepciones, por su bravura. La plaza siempre llena, y el público gran señor del festejo, dando pruebas de ser, por sus banderillas, digno de mejor suerte y de más consideración, por parte de unos y de otros.

A. C.



La Goya en el cuplé "La Cruz de Mayo".



Carta abierta

Para los amigos Vandell y Ramos de Castro

Queridos compañeros: Es el de ustedes un rasgo de amistad y simpatía hacia mí que yo les agradezco mucho. No merece la pena echar las campanas a vuelo en un festejo de tan poca monta. Cederle yo a mi fraternal amigo Angel Caamaño la péñola taurina de *Heraldo de Madrid*, ni tiene mérito ni comentario merece.

«El Barquero», por una equivocación lamentable, que él deplora, abandonó su casa solariega, ¡su *Heraldo!* y hoy vuelve a él por derecho propio; en él nació y en él morirá, sabe Dios cuándo, porque el «Barquero», enfermo de nostalgia, ha revivido al volver a ocupar en la re-

dacción la mesa que ocupó más de treinta años.

Si vuestras líneas cariñosas sirvieron de pretexto para que, por simpatías hacia mí, vuestro popular y saladísimo semanario *THE TIMES* me otorgue la merced de ser su director honorario, yo os agradezco mucho vuestra galantería y os propongo, acudiendo a vuestra gallarda generosidad, que tal honor se lo otorguéis al veterano «Barquero», reservando para mí, si honor queréis hacerme también, el puesto más humilde de vuestra Redacción.

Es de ustedes compañero y amigo,

ANTONIO CASERO.

Madrid, 12 Marzo 923.

UNA FIESTA CAMPERA EN "CORDOBA LA VIEJA"

Al pie de las ermitas cordobesas, cantadas por el poeta Antonio Grilo, se yergue, sobre un campo de esmeralda, la típica alquería andaluza «Córdoba la Vieja», hoy propiedad del rico hacendado don Florentino Sotomayor, escrupuloso ganadero de reses bravas, y de la que fué en su día dueño y señor el gran «califa» del toreo cordobés, Rafael Molina, Lagartijo.

A la que el día clareaba, y el sol iba dorando los campos andaluces, esmaltados de aromáticas florecillas tempraneras, camino del cortijo, y en animosa romería, caminaba, a presenciar la fiesta campera, el mozerío de las próximas alquerías, saludando a la mañana con coplas de alegre cadencia popular. Algún que otro torero de categoría, jinete sobre su jaca de cola rizosa, enjanzada a la andaluza, que iba con su trote bordando los campos, como aquella otra de «obediencia» y «brío» cantada por el duque de Rivas:

«La jaca torda,
la que, cual dices tú, los campos borda.»

Los torerillos, que a pie caminaban por la carretera, con los capotes de torear al hombro y con un bagaje de fantásticas ilusiones, contemplaban al jinete torero vencedor, que, como ellos, anduvo en su tiempo, a pie y sin dinero, camino de los cortijos.

Mientras la aristocracia y el pueblo en simpática camaradería conversaban esperando que principiase el festejo, yo curioseaba por el caserío cordobés, y al pasar por la grandiosa cocina de chimenea de campana, donde las cortijeras preparaban el condumio para los invitados, y unos pachones y galgos hallábanse en espera de las piltrafas, vi a dos torerillos que delectaban la inscripción de la chapa de metal de una bandolera allí colgada, y que decía así: «Guarda jurado de Córdoba la Vieja, propiedad de don Rafael Molina».

—Oye, tú—le decía el uno al otro—: Este Rafael Molina fué Lagartijo er grande.

—Mía que si arguna ve atuviera uno una finca como esta ganá con er toreo, ¡mi maré y qué bandolera iba yo a mandá jasé! : «Guarda jurao de la finca der Pimentá Chico». Azín, ni una palabra meno ni ma, y en cuanto tropesara er guarda tanto azín a un aficionado que entrase a atorea al sercao, ajuera der cortijo er guarda, y jamón par torerillo.

—¡Mi maré qué finca tenía er zeño Rafael!

—Pues esto se gana arrimándose a los toros—les repuse—. Ahí tenéis a Machaquito, dueño también de aquel cortijo medianero a éste. Lo ganó con arte y vergüenza torera, y él se llevó la llave del abolengo taurino cordobés. ¡Verdad, Machaco!—les decía yo a estos chavales...

—Sí señó, ya le estoy a usté oyendo, amigo Antonio—contestó Machaquito—. ¡Hay que bregá mucho pa llegar a esto de tené una finca. Ya verá usté luego, cuando estos chavales se pongan delante de las novillas, cómo no se acuerdan de la chapa que diste: «Propiedad de don Rafael Molina».

En esto estábamos, cuando se oyeron gritos de: ¡Ya vienen! ¡Ya vienen!... ¡Serran las puertas de los corrales, y que se quiten tóos d'ahí, no s'asuste er ganao!... Y detrás del cabestruje, y acotadas por los vaqueros, entraron en el corralón cincuenta y tantas novillas, que habían de ser sometidas a la prueba de servir o no para ser dignas madres de toros bravos y nobles que sigan dando prestigio a la famosa ganadería cordobesa de D. Florentino Sotomayor, que, en unión de sus hijos Eduardo y Francisco, asesorados por «el Rubio», conocedor de la ganadería, fueron escogiendo y desechando escrupulosamente las novillas que se iban probando.

La tiente de las reses la efectuaron los picadores Mazzantini y Sevillano, auxiliados por Camará, Algabeño, Zurito, Guerrilla, Barquero de Lora y otros aspirantes a diestros.

Pepito (Algabeño) hizo un verdadero derroche de toreo fino y elegante, ejecutando magníficos pases naturales; Camará, toreó con buen estío; Zurito, con valentía; Emilio Torres, que lleva en su cara los rasgos de simpatía de su padre Emilio (Bombita), dió unos cuantos lances buenos; el hijo del ganadero Natera demostró arte y valor, del que tan necesitados están algunos profesionales; Guerrilla estuvo muy trabajador, y un aficionadillo apodado Saltamontes hizo el Tancredo, con gran aplauso de la concurrencia.

Una dama le preguntó si se atrevería a repetir la suerte, y Saltamontes la contestó con gracia:

—Zí, zeñorita; por eza cara tan preciosa zoy yo capá d'haserle er Tancreo a la máquina del expré...

Cuando se terminó la faena de tiente pregunté al conocedor de la ganadería:

—¿Está usted satisfecho?

Y el Rubio me contestó:

—No está mal la cosa. S'han tentao cincuenta y cuatro novillas, que quasi toas son de media sangre: Miura y Parladé, y argunas pura Parladé. Las que más se han destaco, a mi corto juicio, han sido «Olivita», hermana d'un toro puro de Miura; «Maravilla», «Judía», «Curtidora», «Vivorita», hermana d'er toro que se inutilizó en los corrales de la plaza de Madrid el año pasado, y que aluego se jugó en septiembre, resultando superió; la «Bilbaina» y la «Buseavidás». De las demás hay argunas que, con nota de regulá, se quedarán en la piara, y las demás irán par mataero, que D. Florentino Sotomayor, mi amo, es aficionao pundonoroso, y no quíe que los mansos lusean su divisa.

Concurrieron a la fiesta, entre otras muchas personas:

Doña Soledad Cabrera de Hoces, señora marquesa de Santurce, doña Enriqueta de la Coba Moreno, doña Angeles Clemensón de González, doña Rosario Rodríguez de Valenzuela, doña Cecilia Mac-Pherson de Sotomayor, la marquesa de la Vega de Serran y doña Emilia Sánchez Guerra de Vera Seoane, y señoritas María Lina Olivares, Maruja Machimbarrena, Pilar Menizábal, Consuelito Mendizábal, Pilarito Sotomayor, Rosarito Padilla, Angelita Clemensón y Maruja Fernández de Mesa.

Entre los caballeros, además de los de la

casa, se hallaban el conde de Artaza, don Bartolomé Valenzuela, D. Antonio Natera y su hijo D. Mariano, D. Félix Moreno Ardanuy, D. Miguel Rodríguez Gutiérrez, D. Santiago Jimena de Castro, D. Rafael Espinosa de los Monteros, D. Lope de Hoces y Olalla, D. Manuel de la Torre, el diestro José García «Algabeño», D. Antonio Herruzo Martos, D. Antonio de Hoces y Losada, D. Francisco Cano, D. Eduardo, D. Juan Miguej y D. José Padilla, don Evaristo Peñalver, D. Emilio Torres Navarro, D. Diego León, D. Antonio Cámara Meléndez, D. Rafael Pérez Herrera, D. José Osuna Cruz, D. Antonio Ramírez González, el marqués de Murrieta, don Joaquín Gómez de Velasco, D. Juan Barasona Santaló, D. José Escobar, el marqués de Santurce, D. Rafael González Madrid y D. Francisco Gavilán Bravo, y los aficionados madrileños: el senador del Reino D. Carlos Prast, el director del «International Bank» D. Manuel Aleixandre, el concejal del Ayuntamiento de Madrid señor Regúez, el rico industrial Sr. Naón, el ex diputado provincial D. Bernardo Martín, el notable artista D. Carlos del Pozo, el famoso arquitecto D. Antonio Palacios y otros.

El rumboso ganadero, auxiliado por su encantadora hija Pilar Sotomayor, hermosa cordobesa, que no se sabe qué admirar más en ella, si su hermosura o su modestia, colmaron a sus invitados de atenciones y agasajos.

A poco de atardecer, llegamos a Córdoba, la Sultana. El famoso Guerrita, en el Club que lleva su nombre, les dirigía a sus fervorosos creyentes la palabra. Estos le escuchaban como al oráculo. Hablaba de toros, y me pareció oírle decir: «Tenéis ostedes que desengañaros. Joselito sostenía con su arte a la afición. Parmó José, y hoy no dan unos y otros más que mítines en la plasa y ajuera de la plasa».

Conejito asentía a las palabras del maestro, mientras un hombre gordo, muy gordo, profundamente dormido sobre un sillón, roncaba. Aquel hombre de irrisoria figura fué en sus tiempos juveniles un guapo mozo, banderillero del señor Salvador Sánchez (Frasuelo); se apodaba Bebé, y un toro lo dejó inútil para el toreo. Más allá, y sentado junto a la mesa de un café del paseo del Gran Capitán, hallábase un viejo curtido por el sol y agobiado por los años, pero sin dejarse aún vencer por ellos. Oía con displicencia hablar de toros a los amigos, y apuraba la colilla de un cigarro puro, que llevaba nerviosamente de un lado a otro de la boca. La cara de aquel interesante viejo no me fué desconocida, y acercándome a él le dije:

—Usted perdona esta libertad que me tomo. ¿Se llama usted Juan Molina?

—Juan Molina me llamo, pa zervirle.

Estreché la mano de aquel gran torero, hermano de Lagartijo, y me preguntó:

—¿A quién tengo el honó de saludá?

Y le contesté:

—A un aficionado madrileño que fué admirador suyo.

—Gracias, muchas gracias; s'estima er piropo.

—Salud, señor Juan.

—Váyaste con Dió, amigo...

En la cara del famoso torero se dibujó una sonrisa, y de sus ojos se escaparon unas lágrimas. A poco, se levantó, y echó calle abajo. La pianola de un «tupi» tocaba un paso doble torero, y por la calleja obscura, con el cuerpo erguido y marchando airosamente al compás de la música flamenca, iba el señor Juan Molina, más joven que nunca, llevando el compás como cuando hacía el paseo de las cuadrillas.

Buscando filigranería cordobesa, un guardia me contestó:

«Aquí ya no quea más filigrana que la Mezquita; er toreo es vurgá; las costumbres, vurgare; en vé de montilla, se beben «coiteles». Los toreros viejos le daban carté a la tierra; los jóvenes, ni ná, ni ná.

—Pero no me negará usted, señor guardia, que aún quedan en Córdoba flores y caras más bellas que las flores en la serranía.

—«¡ Eso, hasta morí!»

A la luz de la luna las ermitas de la sierra de Córdoba parecían de plata; a mí llegaron, en la noche plácida, los ecos de una canción de cadencia mora, y mirando hacia la serranía, lugar de misteriosas leyendas de moros y cristianos, fui recordando aquella famosa oriental del poeta Zorrilla:

«Ven a Córdoba, cristiana;
sultana serás allí,
y el sultán será, ¡oh, sultana!,
un esclavo para tí.
Te dará tanta riqueza,
tanta gala tunecina,
que has de juzgar tu belleza
para pagarle mezquina.

Dueña de la negra toca,
por un beso de tu boca
diera un reino Boabdil;
y yo por ello, cristiana,
te diera de buena gana
mil cielos si fueran mil».

ANTONIO CASERO

Córdoba, mayo 1923.

EN BARCELONA

Una petición del Sindicato de metalúrgicos

BARCELONA 5 (2 t.).

El Sindicato del ramo de la metalurgia ha dirigido un escrito al presidente de la Audiencia solicitando la libertad de Luis Martí (a) «Rubiales», que fué detenido el día 23 de abril último, por suponersele complicado en el tiroteo de la calle del Duque de la Victoria. Fundan su petición en que no ha podido comprobarse la culpabilidad del acusado, quien, en el momento de ocurrir el suceso, pasaba por aquel lugar casualmente.

UNA FIESTA CAMPERA EN "CORDOBA LA VIEJA"

Al pie de las ermitas cordobesas, cantadas por el poeta Antonio Grilo, se yergue, sobre un campo de esmeralda, la típica alquería andaluza «Córdoba la Vieja», hoy propiedad del rico hacendado don Florentino Sotomayor, escrupuloso ganadero de reses bravas, y de la que fué en su día dueño y señor el gran «califa» del toreo cordobés, Rafael Molina, Lagartijo.

A la que el día clareaba, y el sol iba dorando los campos andaluces, esmaltados de aromáticas florecillas tempraneras, caminé del cortijo, y en animosa romería, caminaba, a presenciar la fiesta campera, el mocerío de las próximas alquerías, saludando a la mañana con coplas de alegre cadencia popular. Algún que otro torero de categoría, jinete sobre su jaca de cola rizosa, enjanzada a la andaluza, que iba con su trote bordando los campos, como aquella otra de «obediencia» y «brío» cantada por el duque de Rivas:

«La jaca torda,
la que, cual dicea tú, los campos borda.»

Los torerillos, que a pie caminaban por la carretera, con los capotes de torear al hombro y con un bagaje de fantásticas ilusiones, contemplaban al jinete torero vencedor, que, como ellos, anduvo en su tiempo, a pie y sin dinero, camino de los cortijos.

Mientras la aristocracia y el pueblo en simpática camaradería conversaban esperando que principiase el festejo, yo curioseaba por el caserío cordobés, y al pasar por la grandiosa cocina de chimenea de campana, donde las cortijeras preparaban el condumio para los invitados, y unos pachones y galgos hallábanse en espera de las pitufas, vi a dos torerillos que deletreaban la inscripción de la chapa de metal de una bandolera allí colgada, y que decía así: «Guarda jurado de Córdoba la Vieja, propiedad de don Rafael Molina».

—Oye, tú—le decía el uno al otro—: Este Rafael Molina fué Lagartijo er grande.

—Mía que si arguna ve atuviera uno una finca como esta ganá con er toreo, ¡mi mare y qué bandolera iba yo a mandá jasé! «Guarda jurao de la finca der Pimienta Chico». Azín, ni una palabra meno ni ma, y en cuanto tropesara er guarda tanto azín a un aficionado que entrase a atoreá al sercao, ajuera der cortijo er guarda, y jamón par torerillo.

—¡Mi mare qué finca tenía er zeñó Rafael!

—Pues esto se gana arrimándose a los toros—les repuse—. Ahí tenéis a Machaquito, dueño también de aquel cortijo medianero a éste. Lo ganó con arte y vergüenza torera, y él se llevó la «Have del «bolongo taurino cordobés. ¡Verdad, Machaco!—les decía yo a estos chavales...

—Sí seño, ya le estoy a usté oyendo, amigo Antonio—contestó Machaquito—. ¡Hay que bregá mucho pa llegar a esto de tené una finca. Ya verá usté luego, cuando estos chavales se pongan delante de las novillas, cómo no se acuerdan de la chapa liná».

En esto estábamos, cuando se oyeron gritos de: ¡Ya vienen! ¡Ya vienen!... ¡Serrar las puertas de los corrales, y que se quiten tóos d'ahí, no s'asuste er ganao!... Y detrás del cabestrero, y acotadas por los vaqueros, entraron en el corral cincuenta y tantas novillas, que habían de ser sometidas a la prueba de servir o no para ser dignas madres de toros bravos y nobles que sigan dando prestigio a la famosa ganadería cordobesa de D. Florentino Sotomayor, que, en unión de sus hijos Eduardo y Francisco, asesorados por «el Rubio», concedor de la ganadería, fueron escogiendo y desechando escrupulosamente las novillas que se iban probando.

La tiente de las reses la efectuaron los picadores Mazzantini y Sevillano, auxiliados por Camará, Algabeño, Zurito, Guerrilla, Barquero de Lora y otros aspirantes a diestros.

Pepito (Algabeño) hizo un verdadero derroche de toreo fino y elegante, ejecutando magníficos pases naturales; Camará, toreó con buen estilo; Zurito, con valentía; Emilio Torres, que lleva en su cara los rasgos de simpatía de su padre Emilio (Bombita), dió unos cuantos lances buenos; el hijo del ganadero Natera demostró arte y valor, del que tan necesitados están algunos profesionales; Guerrilla estuvo muy trabajador, y un aficionadillo apodado Saltamontes hizo el Tancredo, con gran aplauso de la concurrencia.

Una dama le preguntó si se atrevería a repetir la suerte, y Saltamontes la contestó con gracia:

—Zi, zeñorita; por eza cara tan preciosa zoy yo capá d'haserle er Tancredo a la máquina del expré...

Cuando se terminó la faena de tiente pregunté al concedor de la ganadería:

—¿Está usted satisfecho?

Y el Rubio me contestó:

—No está mal la cosa. S'han tentao cinquenta y cuatro novillas, que cuasi toas son de media sangre: Miura y Parladé, y argunas pura Parladé. Las que más se han destacao, a mí cortó juisio, han sío «Olivita», hermana d'un toro puro de Miura; «Marayilla», «Judía», «Curtidora», «Vivorita», hermana d'er toro que se inutilizó en los corrales de la plaza de Madrid el año pasao, y que aluego se jugó en septiembre, resultando superió; la «Bilbaina» y la «Buscavidas». De las demás hay argunas que, con nota de regulá, se quedarán en la piara, y las demás irán p'ar mataero, que D. Florentino Sotomayor, mi amo, es aficionao pundonoroso, y no quíe que los mansos luscen su divisa.

Concurrieron a la fiesta, entre otras muchas personas:

Doña Soledad Cabrera de Hoces, señora marquesa de Santurce, doña Enriqueta de la Coba Moreno, doña Angeles Clemensón de González, doña Rosario Rodríguez de Valenzuela, doña Cecilia Mac-Pherson de Sotomayor, la marquesa de la Vega de Serna y doña Emilia Sánchez Guerra de Vera Seoane, y señoritas María Luna Olivares, Maruja Machimbarrena, Pilar Mendizábal, Consuelito Mendizábal, Pilarito Sotomayor, Rosario Padilla, Angelita Clemensón y Maruja Fernández de Mesa.

Entre los caballeros, además de los de la

casa, se hallaban el conde de Artaza, don Bartolomé Valenzuela, D. Antonio Natera y su hijo D. Mariano, D. Félix Moreno Ardanuy, D. Miguel Rodríguez Gutiérrez, D. Santiago Jimena de Castro, D. Rafael Espinosa de los Monteros, D. Lope de Heces y Olalla, D. Manuel de la Torre, el diestro José García «Algabeño», D. Antonio Herruzo Martos, D. Antonio de Hoces y Losada, D. Francisco Cano, D. Eduardo, D. Juan Migue y D. José Padilla, don Evaristo Peñalver, D. Emilio Torres Navarro, D. Diego León, D. Antonio Cámara Meléndez, D. Rafael Pérez Herrera, D. José Osuna Cruz, D. Antonio Ramírez González, el marqués de Murrieta, don Joaquín Gómez de Velasco, D. Juan Barasona Santaló, D. José Escobar, el marqués de Santurce, D. Rafael González Madrid y D. Francisco Gavilán Bravo, y los aficionados madrileños: el senador del Reino D. Carlos Prast, el director del «International Bank» D. Manuel Aleixandre, el concejal del Ayuntamiento de Madrid señor Regúlez, el rico industrial Sr. Naón, el ex diputado provincial D. Bernardo Martín, el notable artista D. Carlos del Pozo, el famoso arquitecto D. Antonio Palacios y otros.

El rumboso ganadero, auxiliado por su encantadora hija Pilar Sotomayor, hermosa cordobesa, que no se sabe qué admirar más en ella, si su hermosura o su modestia, colmaron a sus invitados de atenciones y agasajos.

A poco de atardecer, llegamos a Córdoba, la Sultana. El famoso Guerrilla, en el Club que lleva su nombre, les dirigía a sus fervorosos creyentes la palabra. Estos le escuchaban como al oráculo. Hablaba de toros, y me pareció oírle decir: «Tenéis ostedes que desengañarse. Joselito sostenía con su arte a la afición. Parmó José, y hoy no dan unos y otros más que mítines en la plaza y ajuera de la plaza».

Conejito asentía a las palabras del maestro, mientras un hombre gordo, muy gordo, profundamente dormido sobre un sillón, roncaba. Aquel hombre de irrisoria figura fué en sus tiempos juveniles un guapo mozo, banderillero del señor Salvador Sánchez (Frasuelo); se apodaba Bebé, y un toro lo dejó inútil para el toreo. Más allá, y sentado junto a la mesa de un café del paseo del Gran Capitán, hallábase un viejo curtido por el sol y agobiado por los años, pero sin dejarse aún vencer por ellos. Oía con displicencia hablar de toros a los amigos, y apuraba la colilla de un cigarro puro, que llevaba nerviosamente de un lado a otro de la boca. La cara de aquel interesante viejo no me fué desconocida, y acercándome a él le dije:

—Usted pardone esta libertad que me tomo. ¿Se llama usted Juan Molina?

—Juan Molina me llamo, pa zervirle.

Estreché la mano de aquel gran torero, hermano de Lagartijo, y me preguntó:

—¿A quién tengo el honó de saludá?

Y le contesté:

—A un aficionado madrileño que fué ad-

—Gracias, muchas gracias; s'estima er piropo.

—Salud, señor Juan.

—Váyaste con Dió, amigo... En la cara del famoso torero se dibujó una sonrisa, y de sus ojos se escaparon unas lágrimas. A poco, se levantó, y echó calle abajo. La pianola de un «tupi» tocaba un paso doble torero, y por la calleja oscura, con el cuerpo erguido y marchando airoosamente al compás de la música flamenca, iba el señor Juan Molina, más joven que nunca, llevando el compás como cuando hacía el paseo de las cuadrillas.

Buscando filigranería cordobesa, un guardia me contestó:

«Aquí ya no quea más filigrana que la Mezquita; er toreo es vurgá; las costumbres, vurgare; en vé de montilla, se beben «coiteles». Los toreros viejos le daban carté a la tierra; los jóvenes, ni ná, ni ná».

—Pero no me negará usted, señor guardia, que aún quedan en Córdoba flores y caras más bellas que las flores en la serranía.

—«Eso, hasta morí!»

A la luz de la luna las ermitas de la sierra de Córdoba parecían de plata; a mí llegaron, en la noche plácida, los ecos de una canción de cadencia mora, y mirando hacia la serranía, lugar de misteriosas leyendas de moros y cristianos, fui recordando aquella famosa oriental del poeta Zorrilla:

«Ven a Córdoba, cristiana;
sultana serás allí,
y el sultán será, ¡oh, sultana!,
un esclavo para tí.
Te dará tanta riqueza,
tanta gala tunequina,
que has de juzgar tu belleza
para pagarle mezquina».

Dueña de la negra boca,
por un beso de tu boca
diera un reino Boabdil;
y yo por ello, cristiana,
te diera de buena gana
mil cielos si fueran mít».

ANTONIO CASERO

Córdoba, mayo 1923.

EN BARCELONA

Una petición del Sindicato de metalúrgicos

BARCELONA 5 (2 t.).

El Sindicato del ramo de la metalurgia ha dirigido un escrito al presidente de la Audiencia solicitando la libertad de Luis Martí (a) «Rubiales», que fué detenido el día 23 de abril último, por suponerse complicado en el tiroteo de la calle del Duque de la Victoria. Fundan su petición en que no ha podido comprobarse la culpabilidad del acusado, quien, en el momento de ocurrir el suceso, pasaba por aquel lugar casualmente.

MADRID

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

CUATRO EDICIONES

UNA NOCHE A PERROS

(Entremés representable)

Se desarrolla la acción en una popular cervecería de la barriada chamberlera. La tarde fué bochornosa, tanto más cruel que nunca la chicharra, y la noche es rescoldo de la hoguera del día. Se respira fuego. La dependencia corre de un lado a otro sirviendo cerveza helada. Los parroquianos esperan turno para coger mesa, y los «mazadores» de los «sillones» están de ojo para hacerse con uno cuando quede vacío.

En primer término ocupan una mesa don Crisanto del Río, caballero romántico chapado a la antigua; su esposa doña Micaela de la Mata, actriz que fue del teatro de capa y espada; sus hijos Nené y Naná, dos amiguitas de éstas, dos pollos que no toman nada y una perra «Lulú».

En la mesa inmediata, la familia de Paco el «Sartenes», su «costilla» la «Sinfo», la señora Tiburcia, su suegra; la chica, el novio de la chica y «Satanasa», perrito de malos antecedentes.

Al levantarse el telón, griterío, bocinas de automóvil, «Congreos de la mar», «¡Quién qué el gordo! ¡Que le doy el gordo!». «¡Limpión!». Gitanas, mendigos, gollos y las flamínicas callejeras popularizando el cuplé de moda.

ESCENA UNICA

Don Crisanto.—Son las diez de la noche, «Julia, Castilla»...

Micaela.—Calla, Crisanto, calla; no reverdeces las flores del pasado, y sigue abanicándome con el «Buen Humor» de aquí, del pollo.

«¡Oh, recuerdos, encantos y alegrías de los pasados días!»

Camarero (mal humorado).—¡Las patatas!

Don Crisanto.—Gentil camarero: Aquí no

Sinfo (a Micaela).—Oiga, señora, que aquí esta chirigota de perrita que traen ustés se está habiendo la leche que l'heamos echao en un platito a nuestro «Satanasa», que no se ha hecho cargo porque está lamiendo el plato de las patatas; pero que como «Satanasa» se le cuenta, más que haga una diablura y lo deje a usté esa golosina de perro como pa mandársela al disecador.

Micaela.—Perdone, señora. La honesta «Lulú» está criada con biberón y con finísimos modales, y nos extraña el atrevimiento.

El Sartenes.—Comprenda usté, señora, que no es por la leche que se vaya a beber; es porque aquí, el canelo, nos pué dar el mitín, si se entera, y convertirse esta expansión nocturna en la batalla de Lepanto.

Don Crisanto.—Se agradece la atinada advertencia, y se procederá a la represión.

Micaela.—Y «Lulú» será castigada.

Sinfo.—Mía qué rica. Y se llama «Lulú», como una chica que conocemos nosotros, que s'ha metío a tanguista. Pos señora: Salú pa verla ería.

Micaela.—Y usted que lo vea.

Una florista.—Oiga: Unas rosas pa las señoritas. (Los pollos se hacen los desentendidos). ¡A peseta el manojo!

Ellas.—No queremos flores.

Pollos.—Ya lo oye usted, ¡No quieren flores!

Florista.—Les avierto a ustés que las doy a plazos.

Un pollo.—¡Insolente!

Florista.—La acompaño a usté en el sentimiento, señorita, porque de este pollo tié usté mu poco que roer... ¡Miste qu'entró los dos pollos no reunir ni una «pluma»!

Camarero.—¡Llamaban ustés?

Don Crisanto.—Por ahora, no, avisado servidor.



se han bebido patatas, yano es porque el sabroso tubérculo sea cosa despreciable...

Camarero.—Entonces, ¿qué han pedío ustés? Porque dende hace cuatro horas están dándole coba a cuatro «cañas».

Don Crisanto.—Oiga, «garson»: No empece lo de las cuatro «cañas» para que usted tenga nociones de urbanidad y use otro léxico.

En la mesa de al lado.—Pero, ¿vienen esas patatas?

Camarero.—¡Aquí están las patatas! ¡Nos ha «merilao» el tío!

Paco el Sartenes.—Oiga usté, camarero, ¿qué's eso de tío?



Camarero.—Lo digo por el señor de al lado.

Paco.—Pos mire usté pa la Alcarria, y no mire pa nosotros cuando diga eso de tío.

Camarero.—Usté perdone.

Sinfo (a Paco).—¡Pero sientate, tío!

Paco.—Es que a ese sobrino, que m'ha bebío como al que le sale un chichón, le voy a dajar a cuenta de la herencia tres golpes.

Tiburcia.—Mia qu'erés pesuo!

Paco.—Usté a callar, mamá!

Micaela (a Don Crisanto).—Está visto que aquí, en el arroyo, se respira siempre un ambiente nauseabundo.

Don Crisanto.—Micaela adorada: Peor se respira en nuestro palacio de ensueños o torre de marfil de la calle de Palafox.

(Los limpiabotas que lo oyen cantan:

Palafox, Palafox,
veintidós,
primero izquierda,
se baila el fox.

¡Palafox! ¡Palafox!

Don Crisanto (indignado).—Guardia: Despeje incontinenti a esa ensordecedora y aloca chusma, o habré de entendermelas a cantarazos con tales malandrines.

La de los décimos.—¡Anda, mi madre, si es Don Quijote!

El de la mojete.—¡Con picao contrario!

Nené.—Pero, papá, por Dios, que te pones al nivel de la plebe.

Micaela.—Hay que tener rudimentos psicológicos y conocer el ser y el no ser...

Don Crisanto.—Entonces, ¿qué hay que ser?

Micaela.—No ser... como ellos, «que si han nacido plebeyos, como tales morirán...»

Micaela.—Agua: que traigan agua fresca.

Camarero.—¡Y con esta van cuatro botellas!

Una gitana (a Don Crisanto).—¡Te la digo, resalao? Endiñame una lucana, p'ar churumbé, bigote d'asucarillo. Anda ya, que te voy a desí cómo se llama una morena qu'está loquita por tí, porque anda haciendo coherción d'antigüedades.

Don Crisanto.—Prosiga su bohemia la jorven de la raza faraónica.

Gitana (a Micaela).—Y a tí, ¿te la digo, doña Estera?

Micaela (indignada).—¡Vaya usted a descañela a su respetable mamá!

Gitana.—No se enfie, carita e feria, que paese que s'ha escapao usté d'un pim, pam, pum...

Micaela.—¡Grosera, más que grosera!

Don Crisanto.—Mica: Que te da la afonía.

Micaela.—Esto es inaguantable. Ya lo decía yo en una escena patética:

«De príncipes y próceres tiranos
podré ser, ¡guay de mí!
si así lo quiere el condestable, si;
pero ¡jamás seré de los villanos!»

(En este momento, uno de los pollos que están con Nené y Naná y el novio de la chica, Paco «Sartenes», corren por un sillón cesta que queda vacante en una mesa inmediata. El péollo, victorioso, se la ofrece a doña Micaela, que la acepta sonriente.)

El Sartenes (a Don Crisanto).—¿Es pura sangre aquí, el pollo? Porque, vamos, pa mí qué's la única carrera que ha hecho en su vida.

Don Crisanto.—Es un muchacho de buena familia, caballero.

El Sartenes.—Pos que le vayan entrenando pa las carreras d'otoño de favorito, porque corre que cualquiera le pone una chuleta a diez metros de distancia.

Sinfo.—Es que l'arrebatao la cesta aquí, al joven, groseramente.

El Sartenes.—Después de to, ha llevao la cesta, qu'es su misión.

Sinfo.—Pase lo del sorbo de leche de la perrita; pero ese frailerero de paja eru d'una servidora.

Don Crisanto.—Por quítame allá esas pajas no debe haber discusiones. Mi señora, y



yo somos muy gustosos en ofrecerla a usted el sillón. (Ofreciendo el sillón).

1923

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

CUATRO EDICIONES

CRIMEN

CONFIESA MATADORA NIDIS



E. TALHOUET

...alle de Rivoli. El domingo... Richelieu, y en el curso... con el que nos habla... mi y a mi hijo dejándonos... apurada, disparé, maté;... tiene que ver en el asunto... descubierta en unas cartas... que después contestó la au...

Y BOLSA

OS BANQUEROS HUELGA

...ia, el Sindicato... erdos

...la esia a que les hicieran... entidades que el Banco les

...Durante su estancia en el lo... viecon incidentes.

...arios empleados deseaban... dos de la cuenta que tienen... l, sin que, a pesar de esta... les permitiera la estancia... nimiento.

...empleados no exigieron... gase antes de las horas de

...n del Westminster Foreign... rid, ha demostrado una vez... de tacto, expulsando a sus... n tener con ellos las consi... bidas.

...se lanzan sin temor, porque... derecho no va precisamen... sticia, sino con la fuerza del... Los ex empleados del West-

CONVOCATORIA

...uega la publicacion de la si... vocatoria:

...ia Nacional de Telegrafia sin... pañeros: Os invitamos para... que tendrá lugar mañana ma... ocho de la noche, en el local... indicatos libros, Argumosa, 18... ar de un asunto de gran impor...

...la explotación!!—El Comité... dor.)

EN BILBAO

...ara de Comercio y el Centro In... dustrial.

...O 20.—Se ha hecho pública por... Industrial la actitud que ha... en relación con el conflicto...

...Ya anteanoche, el Centro acor... arse a los Bancos, y en el acue... cado se dice que estima al... dañoso el peligro de que por la... de los empleados de Banca se... ger a paralizar las operaciones...

...iendo, esta actitud en perjuicio... industria, que aplaude la resolu... permanecer fuertes frente a los... as. Dice que por aquella razón... un deber permanecer al lado de... cios.

...ción se reunió la Junta directiva... amara de Comercio, para tratar... del conflicto bancario, respon... el requerimiento hecho por la Cá... Zaragoza. Aún no se ha hecho... acordado; pero la impresión... es que procurará mantenerse in... talmente al lado de los Bancos... arar todo peligro de boycott, cu... cuencias podrían ser perjudi... ara la industria.

ca de aguardientes destruida

...EZ 29.—Un formidable incendio ha... ido la fábrica de aguardientes de... os María Berna.

...pérdidas se calculan en 300.000 pe...

... Juzgado instruye diligencias.

REGALO DE UNA FINCA

reformatorio de niños

...TANDER 28.—La señora viuda de... ha regalado a la Junta de protec... fancia una soberbia finca para insta... reformatorio de niños de Santander... go es muy elogiado.

UNA NOCHE A PERROS

30 Julio 1923. (Entremés representable)

Se desarrolla la acción en una popular cervecería de la barriada chamberlera. La tarde fué bochornosa, cantó más cruel que nunca la chicharra, y la noche es rescoldo de la hoguera del día. Se respira fuego. La dependencia corre de un lado a otro sirviendo cerveza helada. Los parroquianos esperan turno para coger mesa, y los cazadores de los sillones cestas están de ojo para hacerse con uno cuando quede vacío.

En primer término ocupan una mesa don Crisanto del Río, caballero romántico chapado a la antigua; su esposa doña Micaela de la Mata, actriz que fue del teatro de capa y espada; sus hijas Nené y Nana, dos amiguitas de éstas, dos pollos que no toman nada y una perra «Lulú».

En la mesa inmediata, la familia de Paco el «Sartenes», su costilla la «Sinfo», la señora Tiburcia, su suegra; la chica, el novio de la chica y «Satanás», perrito de malos antecedentes.

Al levantarse el telón, griterío, bocinas de automóvil, «Cangrejos de la mar!», «¡Quién quíe el gordo! ¡Que le doy el gordo!», «¡Limpiá!», Gitanas, mendigos, golfos y las flarmonicas callejeras popularizando el cuplé de moda.

ESCENA UNICA

Don Crisanto.—Son las diez de la noche, «Julio, Castilla»...

Micaela.—Calla, Crisanto, calla; no reverdeces las flores del pasado, y sigue abanicándome con el «Buen Humor» de aquí, del pollo.

«¡Oh, recuerdos, encantos y alegrías de los pasados días!»

Camarero (mal humorado).—¡Las patatas! Don Crisanto.—Gentil camarero; Aquí no



se han peido patatas, y no es porque el sabroso tubérculo sea cosa despreciable...

Camarero.—Entonces, ¿qué han peido ustedes? Porque desde hace cuatro horas están dándole ceba a cuatro «cañas».

Don Crisanto.—Oiga, «garsons»: No empece lo de las cuatro «cañas» para que usted tenga nociones de urbanidad y use otro léxico.

En la mesa de al lado.—Pero, ¿vienen esas patatas?

Camarero.—¡Aquí están las patatas! ¡Nos ha esmerilao el tío!

Paco el Sartenes.—Oiga usted, camareri, ¿qué's eso de tío?



Camarero.—Lo digo por el señor de al lao, Paco.—Pos mire usted pa la Alerria, y no mire pa nosotros cuando diga eso de tío.

Camarero.—Usted perdona.

Sinfo (a Paco).—¡Pero siéntate, tú!

Paco.—Es que a ese sobrino, que m'ha salio como al que le sale un chichón, le voy a dejar a cuenta de la herencia tres golpes.

Tiburcia.—¡Mia qu'eres pessa!

Paco.—¡Usted a callar, mamá!

Micaela (a Don Crisanto).—Está visto que aquí, en el arroyo, se respira siempre un ambiente nauseabundo.

Don Crisanto.—Micaela adorada; Peor se respira en nuestro palacio de ensueños o torre de marfil de la calle de Palafox.

(Los limpiabotas que lo oyen cantan:

Palafox, Palafox, veintidós, primero izquierda, se baila el fox.

¡Palafox! ¡Palafox!

Don Crisanto (indignado).—Guardia: Despeje incontinenti a esa ensordecedora y alocada chusma, ó habrá de entendérmelas a cincarrazos con tales malandrines.

La de los décimos.—¡Anda, mi madre, si es Don Quijote!

El de la mojete.—¡Con picao contrario!

Nené.—Pero, papá, por Dios, que te pones al nivel de la plebe.

Micaela.—Hay que tener rudimentos psicológicos y conocer el ser y el no ser...

Don Crisanto.—Entonces, ¿qué hay que ser?

Micaela.—No ser... como ellos, «que si' han nacido plebeyos, como tales morían»...

Sinfo (a Micaela).—Oiga, señora, que aquí esta chirigota de perrita que traen ustedes se está bebiendo la leche que l' hemos echao en un platito a nuestro «Satanás», que no se ha hecho cargo porque está lamiendo el plato de las patatas; pero que como «Satanás» se dé cuenta, pué que haga una diablura y le deje a usted esa golosina de perra como pa mandársela al disecador.

Micaela.—Perdona, señora. La honesta «Lulú» está criada con biberón y con fuisimos modales, y nos extraña el atrevimiento.

El Sartenes.—Comprenda usted, señora, que no es por la leche que se vaya a beber; es porque aquí, el canelo, nos pué dar el mitín, si se entera, y convertirse esta «expansión nocturna en la batalla de Lepanto».

Don Crisanto.—Se agradece la atinada advertencia, y se procederá a la represión.

Micaela.—Y «Lulú» será castigada.

Sinfo.—Mia qué rica. Y se llama «Lulú», como una chica que conocemos nosotros, que s'ha metio a tanguista. Pos señoras: Salú pa verla cría.

Micaela.—Y usted que lo vea.

Una florista.—Oiga: Unas rosas pa las señoritas. (Los pollos se hacen los desentendidos). ¡A peseta el manojo!

Ellas.—No queremos flores.

Pollos.—Ya lo oye usted. ¡No quieren flores!

Florista.—Les azvierto a ustedes que las doy a plazos.

Un pollo.—¡Insolente!

Florista.—La acompaño a usted en el sentimiento, señorita, porque de este pollo tú úste mu poco que roer... ¡Miste qu'entre los dos pollos no reunir ni una «pluma»!

Camarero.—¡Llamaban ustedes?

Don Crisanto.—Por ahora, no, avisado servidor.

Micaela.—Agua: que traigan agua fresca, Camarero.—¡Y con esta van cuatro bo-

bellas!

Una gitana (a Don Crisanto).—¡Te la digo, resalao? Endiñame una lucana, p'ar churumbé, bigote d'asucarillo. Anda ya, que te voy a desí cómo se llama una morena qu'está loquita por ti, porque anda haciendo coherción d'antigüedades.

Don Crisanto.—Prosiga su bohemis la joven de la raza faraónica.

Gitana (a Micaela).—Y a ti, ¿te la digo, doña Estera?

Micaela (indignada).—¡Vaya usted a decirse a su respetable mamá!

Gitana.—No se enfue, carita o feria, que paese que s'ha escapao usted d'un pim, pam, pum...

Micaela.—¡Grosera, más que grosera!

Don Crisanto.—Mica: Que te da la afoña.

Micaela.—Esto es inaguantable. Ya lo decía yo en una escena patética:

«De príncipes y próceres tiranos podrá ser, ¡guay de mí, si así lo quiere el condestable, si; pero ¡jamás seré de los villanos!»

(En este momento, uno de los pollos que están con Nené y Nana y el novio de la chica, Paco «Sartenes», corren por un sillón cesta que queda vacante en una mesa inmediata. El pollo, victorioso, se la ofrece a doña Micaela, que la acepta sonriente.)

El Sartenes (a Don Crisanto).—¡Es pura sangre aquí, el pollo? Porque, vamos, pa mí qu'es la única carrera que ha hecho en su vida.

Don Crisanto.—Es un muchacho de buena familia, caballero.

El Sartenes.—Pos que le vayan entrenando pa las carreras d'otoño de favorito, porque corre que cualquiera le pone una chuleta a diez metros de distancia.

Sinfo.—Es que l'arrebatao la cesta aquí, al joven, groseramente.

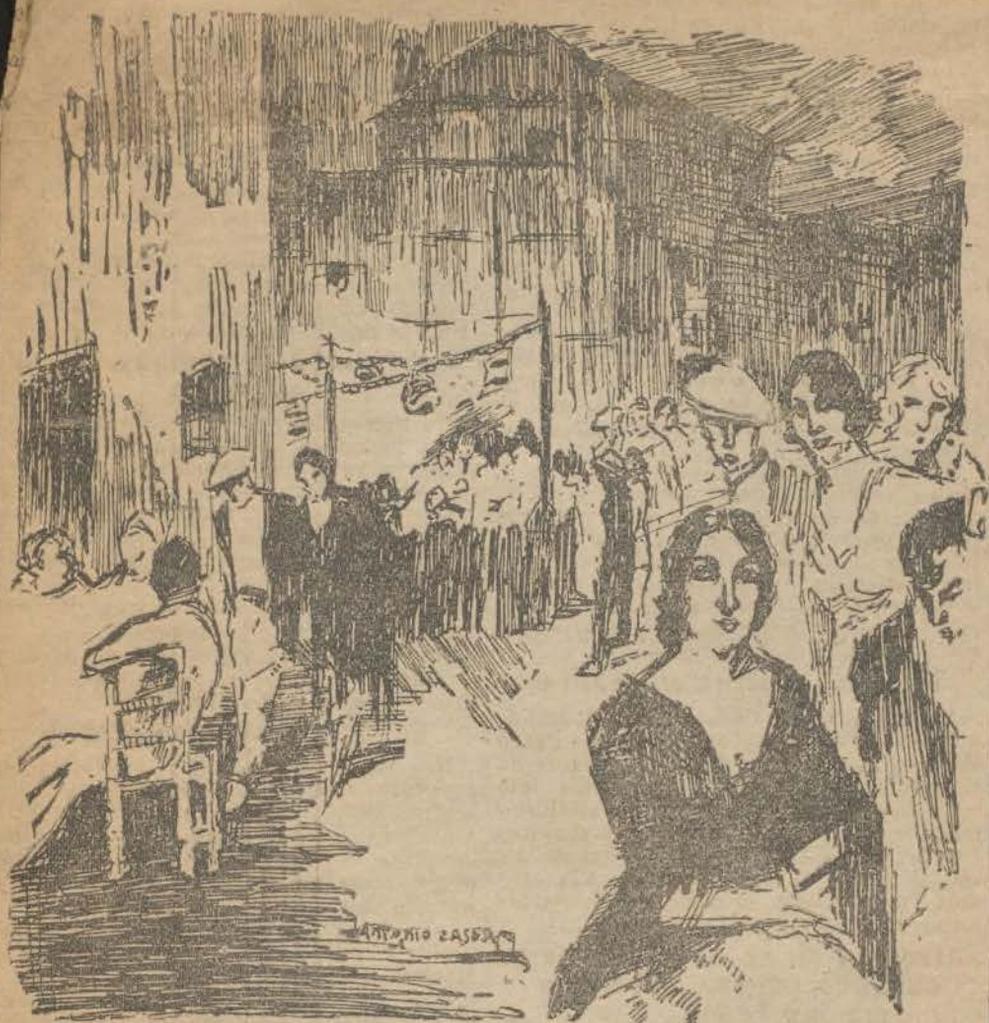
El Sartenes.—Después de to, ha llevao la cesta, qu'es su misión.

Sinfo.—Pase lo del sorbo de leche de la perrita; pero ese frailerero de paja era d'una servidora.

Don Crisanto.—Por guftame allá esas pajas no debe haber discusiones. Mi señora y



yo somos muy gustosos en ofrecerla a usted el sillón. (Ofreciendo el sillón).



Repica las campanas
el campanero:
Lavapiés arde en fiestas;
el organillo
lanza notas alegres,
y el barrio entero
hace honor al terruño
del «Barberillo».

Ellas van pintureras
con los de «flecós»,
y lucen su palmito
por la barriada.
Y entre palmas y oles
se oyen los ecos
de una copla flamenca
muy bien cantada.

En la «manuela» gritan
los verbeneros
que van por las tabernas
pidiendo vino,
y las riendas les quitan
a los cocheros,
y todos, ya borrachos,
beben sin tino.

Un chaval que se porta
mal con su «dama»;
una que le da celos
a un chavalete;
la albaceteña, voces,
austos: ¡el drama!
Garata y alegría,
juerga: ¡el sainete!

En cada patio un baile
y un gran barriño
de una cosa muy fresca
y azucarada;
un líquido sabroso,
muy madrileño,
que unos le llaman «zurra»,
y es limonada.

Entre el calor y el baile
van las chiquillas
a más temperatura
que la del frito:
más quemadas que el santo

de las parrillas,
a quien hoy se festeja
por el distrito.

A la gente madura
le rinde el sueño;
los jóvenes derrochan
más alegría.
Una madre, una «nana»
canta al pequeño,
mientras el padre ronca...
Ya viene el día.

Y a la luz misteriosa
de la mañana,
y comiéndose un churro
y una de «pita»,
dice un viejo a una vieja:
«¡Bebe, serrana,
que aún luce el candilillo
de nuestra ermita!»

Aún te quiero y me quieres,
y nos queremos,
y aún nos verbeneamos,
y al organillo
aún le queda un «chotise»
pa que bailemos,
¡qu'es mucho barrio el barrio
del «Barberillo»!

Conque bebe, serrana,
que viene el día,
y del sol se van viendo
los resplandores.
¡Que, a cambio de parneses,
hay alegría!
¡Pos que no falte, vieja
de mis amores!»

Aún se escucha una copla
y el clamoreo
de la juerga. Los viejos,
dando traspiés
y sirviendo a las gentes
de «pitorreo»,
cantan el clasicismo
de Lavapiés.

ANTONIO CASERO

9 Agosto 1923 Repetido

23 Noviembre
1923

DEL MADRID CASTIZO

LA CAPA DE CHUECA

De corte airoso y de fino bordado era la pañosa de Federico Chueca, aquel insigne cantor de los decires madrileños que llevó al pentágono con donosura y gracioso desenfado la sal y la pimienta y el reír cascabelero de las mozas de trío. Su música era el sentir del pueblo, y a todas partes llegaban sus alegres so-



EL MAESTRO CHUECA

(Reproducción de Alfonso.)

nes, desde los altos chamberileros a la ribera del río, y desde los arrabales del arroyo Abroñigal al campillo del Mundo Nuevo y las Peñuelas.

Rumbosa y jacarandosa era la capa del popular maestro, que había nacido en la villa y corte, en la histórica torre de los Lujanes, y que se durmió de niño al arrullo de boleros, tiranas y seguidillas, y le inspiraron de mozo las canciones de la calle y las frases pícaras y zumbonas de las gentes del pueblo.

—¡Mi pañosa!—decía D. Federico—. Yo la llevé de mozo con igual donaire que la llevara el flamenco más flamenco, y con más arte que la lucieran el Tato y los toreros de rumbo que entonces la gastaban, rindiendo culto a la tradición española y a la torería andante de mi época. Yo me rebujaba en ella, y como un galanteador de los tercios de Flandes iba buscando aventuras de amores por las encrucijadas del barrio de Segovia y la Morería, y por los rincones de Lavapiés y el Cerrillo. En las noches de helada cobijé en mi pañosa a más de una damita que, a pesar de sus ojos de fuego, sentía escalofríos de amor en el «garlochú». ¡Mi capa!... ¡Noches de estudiantina! Con el sombrero de medio lado, con ella terciada, y sirviéndome de batuta un combro, regalo de alguna vendedora de buñuelos tempranera, recorrimos calles y plazas, como rondadores del amor, al compás del alegre pasodoble, hasta que nos iluminaba la luz del nuevo día y el padre Febo nos mandaba con la música a otra parte.

Entonces la capa era una prenda de lujo. Los próceres de linajuda estirpe la usaban con la misma solemnidad que los caballeros hidalgos de Castilla: parda y con alzacuello. Así la gastaba aquel inmortal poeta, romántico que en rica filigrana tejió sus «Orientales», el glorioso Zorrilla. Yo le vi muchas veces salir de la Real Academia Española, menudito de cuerpo, grande de inspiración, con su melena canosa, sombrero alto de ala plana y envuelto en su capa del color de la tierra de Castilla, sirviéndola de broche dos artísticas conchas de plata.

Esto decía el músico inmortal, poniendo

en sus palabras el entusiasmo y la admiración que sentía por el poeta insigne que cantó a Granada.

Chueca era como un niño, caprichoso; todo se le antojaba, todo lo quería. Fué fotógrafo, ciclista, tartanero... Tartanero, sí, pues se mandó traer de Murcia una coquetona tartana a la que enganchó una briosa jaca enjanzada a la usanza de las de la huerta murciana. El la guiaba, y a la que volvía a los madriles, de regreso de su excursión al campo, alegraba el «tartanero» a su jaca trotadora con las dulces melodías de las canciones de Levante.

Cansado de la tartana, se compró un automóvil, y con él estuvo luchando hasta poderlo dominar como un habilidoso mecánico.

—¡Qué tal, D. Federico!—le pregunté un día—. ¡Qué tal maneja usted ya el automóvil!

Y me contestó con su gracia peculiar:

—Esto es pa mí una polka. La otra tarde dibujé, guiándolo, mi firma en el arenal del río, junto a la Fuente de la Teja, y ¡cuidado que mi firma tiene rasgos y curvas difíciles! ¡Es una liebre! Corre y trepa por los árboles como un mono. Cómo será, que cuando oyen la bocina los pájaros que buscan su guarida en la arboleda del monte, echándose a volar, pian, como diciendo: ¡Que viene el tío de la chocolatera!

Vivía con la ilusión de mercarse una calesa, y ataviado de callesero asistir con ella a verbenas, romerías y cuchipandas, y a buen seguro que hubiera realizado su capricho de no haberlo impedido la maldita enfermedad que le fué consumiendo poco a poco. Una de las tardes que fui a casa del maestro para trabajar con él en un sainete que estábamos haciendo, al verme entrar en su despacho con gabán me miró de arriba a abajo, y me dijo: —«Usted se ha equivocado, pollo; usted es un comisionista de botones de hueso; la tienda de sedería está ahí enfrente. ¡Muchachas!—gritó a sus domésticas—, abrid la puerta a este pollito.» Y, cogiéndome de un brazo, me llevó hasta el recibimiento. —«Don Federico—le repuse—, ¡no lo volveré a hacer más!» Y me replicó: —«¡Palabra!» —«¡Palabra!»—le contesté.

—Antoñito, no dejes la capa por nada del mundo—me decía—; es una prenda española digna de veneración; y ahora te castigo a que me la describas en verso, y yo te la bordaré con mi música. Mira la mía, ¡mi pañosa!, como santa reliquia la conservo entre hierbas aromáticas, para que no me la profane la pollita. ¡Mírala! ¡Ya está vieja la pobre, como yo! Gastados sus cubozos, como yo mi organismo; pero aún me la pongo, y me presta calor, y me da alientos de juventud; aún salgo a la calle con ella, y se me chavalea mi cuerpo cuando pasa junto a mí una mocita morena de buen ver, y al resguardo de su embozo, que oculta mi cara rugosa, aún me atrevo a echar una flor a la hembra juncal, que sonrío agradecida, porque las palabras de mi viejo la supieron a mieles y la sonaron a falanteos de joven, que, al fin, ya sabes que la capa todo lo tapa, y bien se le puede hablar en chavalillo a una mocita de bandera cuando el galanteador oculta sus alifafes debajo de una pañosa.

Hoy me rebujo en ella, y la acaricio; acaso sea éste el último invierno que la llevo, y hasta parece que, sintiéndolo así también, se cibe su paño a mi cuerpo más que nunca, como acariciándome y despidiéndose de mí.

¡Pobre pañosa mía, fiel compañera en las noches de enredos amorosos: deja que ponga en tu carcomido paño un beso!...

Chueca, abrazado a su capa, la besó, humedeciéndola con sus lágrimas; yo, emocionado, contemplé a aquel gran hombre, cantor del alma madrileña, que rendía culto de amor a su capa, a la capa española.

ANTONIO CASERO

LA VERBENITA DEL SANTO

(CUADRO DE SAINETE)

—Le decimos á usted por doce veces que no queremos churros.

—Pero, prenda, no se chamusque usted, que no es pa tanto; no hay que ponerse así, que dan viruelas. Al fin es un churrito, y un churrito á un tapicero no se le desprecia, y mucho más si el tapicero azjuntó es un hombre de bien y gasta cédnla. Y á otra cosa: la invito en el *tío vivo* á dir á "Guasintón".

—¡Ay, me marea!
¡Pa guasintón, usted!

—L'azvierto, niña, que l'hablo á usted en fiscal, y es cosa seria. Yo tengo en el bolsillo un «Amadeo», que de llevarlo aquí semana y media l'ha creció la barba, y me lo gasto con usted, en lo que anhela, y lo que quiera, y á este l'abollo, pero que ahora mismo.

—Eso no tiene ciencia, porque si es «Amadeo» es de *Saboya*. —Sí que se viene usted calamburesca. —Es que semos mu chuscas las d'oficio. —¿También usted es d'oficio?

—¡Que se juega! Si quié usted que le siente las costuras, pos, ya lo sabe usted, soy costurera. —¿Quié usted coserme un rotó que, aquí tengo en el corazón?

[dentro,
—No traigo seda.
—Es que usted me lo zurce con mirarme.
—¡Que lo zarzan á usted!

—Gracias, morena. Y aquí la chavalita, ¿es que no toma parte en esta polémica?

—Es de la mayoría; sólo dice *si ó no*, como Cristo nos enseña. —¡Ay, que rica! ¡Lo mismo que mi loro! —¡Ah!, ¿pero tié usted loro?

—Sí, mi ex suegra,

que aquí se juega limpio; yo soy viudo, y aún llevo algo de luto por mi Petra.

—¿Y m'ha tomao usted á mí d'alivio? ¡Olé! Pos sí que lo decía el tío d'esta:

«Iros de verbenita, pa que os salga alguna proporción.» ¡Vaya canela!

—¿Pero es que yo no sirvo ya pa novio, ú es que se me licencia?

—Usted es un novio de segunda mano y yo le quiero *nouvoté*.

—Gacela: no estoy pa que se m'che á los canelos, que aún se me puede ver.

—Sí, con tarjeta los días no feriados y no lluviosos, igual que l'Armería Real.

—Morena: que no soy la sandalia de Favila.

—Más bien que la sandalia, la chinela de Abejumulajá.

—¡Vaya chungueo! Pos l'azvierto que soy persona seria.

—Usted es un intermedio semibufo d'un circo de verbena, y haga el favor de ir ahuecando el ala que las moscas molestan.

—¿Y es usted la que viene á San Antonio á pedirle un doncel?

—Como las buenas; pero le traigo ya mi croquis hecho de cómo ha de ser el que á mí me quiera. —¿Le quiere usted con música?

—¡Cá, hombre! Pa murga ya me basta á mí con esta que me viene usted dando!

—Chavalita: qu'el hombre que s'acercra á ustedes pa obsequiarlas con un churro, y la ofrece un amor de diez pesetas, que gano de jornal, no es pa tomarle con seltz; es pa tomarle á cosa seria,

y decir *si ú no*, como Dios manda.

—Pa decir *si ú no* aquí está ésta. Habla, Sole.

—¿Qué quieres que yo diga? Que el hombre es mu amable.

—Gracias, reina. —Y entre un *pollito bien* de los de ahora, que se acerque á decir dos desvergüen- [zas,

y un hombre que no dice groserías y que te pide amor, hay diferenciencia.

—Vamos, sí, que tú quieres que me case con cencerrá.

—Yo quiero lo que quieras; pero acuérdate bien de los melones, porque un marido á cala no l'encuentra tan fácilmente, y el amigo es viudo, y, como una criá, tié referencias. —Y ¿esta es la joven de la mayoría? —Me equivoqué en la cuenta.

Ha salido un Lerroux, por lo que veo.

—Pos habla mu rebién la compañera.

—Además, que ya va pa cinco años que venimos al Santo con la vela.

Y quizá, pa que ya no le molestes, quié que cargues con esto.

—Pero, Pepa, ¡que yo se lo he pedido decentito, y el socio es procedente d'una quemá!

—Pos á borrico regalao, ya sabes...

—¿Qué dice usted, maestra? —Que pa mí que s'abolla el de Saboya.

—Se la invita á usted á churros. —Y se aceptan;

pero antes deje usted que entre en la ermita y diga á San Antonio, con decencia, qu'el novio que me dió no se merece lo que yo gasté en cera.

ANTONIO CASERO

Dibujo de Casero (hijo)

EL SUENO DE UNA NOCHE DE VERANO O EL TRISTE DESPERTAR DE CAYETANO

(SAIN TE)

Lugar de acción: Una calleja de los barrios bajos. El reloj de la torre de las monjas anuncia las tres de la mañana. El calor es sofocante. La pareja de servicio charla con el sereno. Canta la codorniz. Se oye, allá a lo lejos, una copla flamenco y el rasguear de una guitarra. En el arroyo duermen los vecinos. Cayetano ronca. Ceferina, su mujer, vela su sueño y le abanica con un paño rojo, anunciando del chocolate «Cifundia». En el botijo no queda ni gota; fue noche de calor y charla y se abusó del panzudo cacharro. De pronto, Cayetano sueña en voz alta, y Ceferina, resignada, escucha al marido.

CAYETANO (soñando).—No te cases mañana, Pepilla, con ese hipopótamo; no te cases, paloma, que te buscas la ruina...

CEFERINA.—Y tié razón!... Lástima de chica tan guapa... y tan güena, y casarse con ese Judas...

CAYETANO.—Mía que tú eres flor de un aroma que no se ha hecho pá las narices chatas de ese charrán... que no tié con qué oler.

CEFERINA.—Qué altruista d' hombre!... Es un filósofo!...

CAYETANO.—Desprecia su dinero, que te ha envenenao el alma y te arrastra a la carcoma...

CEFERINA.—Qué pensador q'ues!... Leído, es mu leído... Estoy por despertarte, no se le ofusque la razón.

CAYETANO.—No te cases, Pepilla, qu'el mundo es un baúl fazturao en pequeña. Da mañana el mitin a la hora de la epistola, hazte la desmayá y vente conmigo a Buitrago en el auto de las ocho, pa que te pinte a la acuarela mi querer y pa que estés conmigo en el paraíso...

CEFERINA.—Pero, ¿qué dice este Adán? ¿Mi madre, qué revelación!...

CAYETANO.—Ya te lo he dicho muchas veces (esto voche): mi mujer es un remonitore que va no dá ni la hora.

CEFERINA.—Ni tú los cuartos, granuja, que te lo gastas tó en vino... ¡A esto le arrugo yo el sueño, y va a despertar vendao!

CAYETANO.—No puedo con ella; es mucha Ceferina. Este padecimiento de mi estómago es de tenerla a mi lao. Están d'acuerdo los doctores... y tengo que mudar de paisaje.

CEFERINA.—Ya pediré consulta, rico... Vámonos, yo no tengo paciencia pa oír esto! Ceferina, por Dios, reprímela y escucha, qu'el que escucha su mal oye!...

CAYETANO.—Librame del cautiverio, Pepilla. Cargué con ella como el que carga en una rifa con un juego de cacerolas. Por ti bufó como los gatos...

CEFERINA.—Pos ya te daré yo cordilla, minino!...

CAYETANO.—Da el mitin, paloma torcaz; déjale a ese mal ángel con un palmo de narices, que buena falta le hacen, y vente conmigo...

CEFERINA.—¡A Buitrago!... Esa te ve a ti mañana la cara por los rayos X y a real la entrá como a los fenómenos de barraca... ¡Habráse visto!... ¡Y s'ha callao! ¿Qué lástima!... ¡Ya parece que vuelve a idealizar!

CAYETANO.—Mía qu'eres bonita, chiquilla!... Parece mentira que de un zapato de portal y de una vendedora de alusos bajen salio ese capullo temprano...

CEFERINA.—Pues perro ya eres!...

CAYETANO.—Si vas a ser tú para mí el ideal y la regeneración con falda corta y chambrita transparente; por ser tuyo, hasta, si quieres, me hago pocero de linterna pa pelear con las ratas del alcañarillo... No me digas que no, gacela, que a tu padre le gano con «medio chico». Ven acá tú, hermosísima paloma privada de libertad...

CEFERINA.—Anda, ¿pos no estoy llorando? ¿Qué perra he cogido!... ¡Seré panoli!

CAYETANO.—Pero, chica, no huyas, que no soy el de la contribución... ¿Que te llevo diez años? Algo te tengo que llevar, no lo vas a poner tú to... Vámonos, tontuela, no te pongas pesadilla.

CEFERINA.—Pesadilla la tuya, que te va a costar siete meses de cama... ¡Ladron! Más que ladron! ¡Y que le haiga yo d'ao a este tío el sí en San Andrés!...

CAYETANO.—Vámonos, dame la manita, aunque no sea más que la manita, pa que te estampe en ella una calcomanía con los labios...

CEFERINA.—No, pues yo le doy la manita, pase lo que pase (le da la mano, y el ahador la coge y la besa).

CAYETANO.—Esta es una mano, y no la resma que se trae la Ceferina... ¡Dejame que te dé otro, qu'es de pejuche!... ¡Y otro!...

CEFERINA.—Besa, besa, que a tu verdugo besas!... Güeno, éste me la come... Pos yo sigo la bromas... ¡Unda, y m'abrata!... Los del orden y el sereno que se fijan en la escena del matrimonio.

SERENO.—Vámonos, señá Ceferina, que viene clareando el día... y las canas son una cosa seria.

CEFERINA.—Es mi hombre!...

SERENO.—Y tú, Cayetano...

CEFERINA.—No le despierte usted, qu' está idealizando y le va usié a arrugar el hitillo. ¿Está de boda el hombre!...

SERENO.—Sí; pero el ornato público es el ornato... Tú, Cayetano... ¡Eh!... ¡Arriba! (Cayetano se despierta, cogido a la mano de su mujer).

CAYETANO.—Mi madre! ¿Qué es lo que veo! ¿Qu'es lo que palpo! Esto es una visión.

CEFERINA.—Una visión que te cose y te tuerce como tú no lo mereces; ¡charrán!

CAYETANO.—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Qué delirio es este! ¿Qué pasa aquí!... ¡Yo!... ¡Tá!... El sereno!...

SERENO.—El mismo, y oribita pa casa, que ya amanece, y yo voy a la taberna de ahí con los del orden a matar el susanillo.

CEFERINA.—¿Está tan lejos eso?

SERENO.—Ahí, en es de Lucio; ¿por qué lo dice usted?

CEFERINA.—Por si necesitamos de sus servicios.

SERENO.—Chutlas con la autoridad, no. Vámonos, pareja. (Vámonos el sereno y los del orden).

CEFERINA (zarandeando a Cayetano, que vuelve a quedarse dormido).—Vámonos, tú, que a las ocho sale el auto de Buitrago...

CAYETANO.—¡Chica, qué noche! ¿Qué insonio! ¡A mí no me vuelvras a dar más de cenar escabeche de bonito!...

CEFERINA.—Sí, porque luego se presume mucho; desde mañana te lo daré de atun.

CAYETANO.—No te burles, que no sabes qué sueño he tenido. Soué que te razonaba.



Antonio Casero

CEFERINA (coga guiso).—¿A mí? CAYETANO.—Pero que con to el equipo... ¡Vámonos, mía que robarme a mí lo que más quiero! (arrazándola).

CEFERINA.—Pero has visto qué ladrones! ¿Y tú, qué? CAYETANO.—Ya, hecho un tigre, luchando a brazo partido con los creminales, y ya ves cómo me he despertao, cogio a tu mano, que es una glosina.

CEFERINA.—Pos te va a haver pupa, y Dios te lo pague, rico. Voy a pedir pa ti la cruz de Beneficencia y pa mi la laurea, por haberme cenao contigo.

CAYETANO (que coge el botijo).—Oye, ¿pero no queda agua? CEFERINA.—No quiero que naufragues. Arriba tiés una poquita en el jarro, p'al susto.

CAYETANO.—¿Qué susto! CEFERINA.—A lo mejor no sabe uno lo que le espera a uno; y si quieres tomarte, ahí, con las autoridades, una de lo triple, tomáte cinco, por si no lo vuelves a catar en seis meses por prescripción facultativa.

CAYETANO.—M'anchadas! Te veo así algo desencajáderni. CEFERINA.—A lo mejor no sabe uno lo que le espera a uno.

CAYETANO.—Güeno, güeno; vamos p'arriba, que ya es hora de que uno pueda descansar a gusto y a sus anchas.

CEFERINA.—¿Que en paz descanses!... CAYETANO.—Oye, eso parece me lo has dicho con vistas al sepelio.

CEFERINA.—Pueda!...

Vámonos Ceferina y Cayetano puerta foro. Cruza la calle una viejecita que pregunta:—¿La churrera, calentitos! ¿A poco se oyen ruidos de cacharros y el Cayetano que grita: ¡Socorro! ¡Guardias! ¡Que me matan!... Llegan el sereno, los del orden, la vieja de los churrros y algún curioso madrugador más. Se abre la puerta del portal y aparece Ceferina en actitud de luchadora y cogida a su hombre, que aparece con un ojo lesionado, con varias escalabraduras y, como vulgarmente se dice, hecho un trapo.

CEFERINA.—No ha pasado na; ya lo dijo Aliatar: «Estaba escrito!» Hagan ustedes el favor de cuando pase el carro de la basura de echar en el estos despojos (por Cayetano).

GUARDIA.—Pero, ¿hay lesiones? CEFERINA.—Sí; pero son conyugales, mimas del hogar.

SERENO.—Pero la ley es la ley. CEFERINA.—Churrera, diez de churrros; guardias, sigan libando. Que oscilen los mirones. (A su marido) Tú, a Buitrago.

CAYETANO.—Mujer, si los sueños sueños son, como dijo Calderón.

CEFERINA.—¡A Buitrago!... (dándose una patada). Y usted, sereno, ya sabe lo que dijo don Ricardo de la Vega a su cuñado de usted: «Ni usted aquí toca el pito, ni usted aquí toca na». Esto, después de to, no ha sido más que el sueño de una noche de verano o el triste despertar de Cayetano.

Telén. ANTONIO CASERO

EL SILENCIO DE LA LEY

¿TIENEN LOS PADRES EL DEBER DE VIVIR EN COMPANIA DE SUS HIJOS DESPUÉS DE CUMPLIR ESTOS LA MAYORÍA DE EDAD?

Bajo este epígrafe publica nuestro querido colega «A B C» un artículo firmado por su redactor de Tribunales, D. Manuel Tercero, que por ser interesante creemos oportuno recoger en estas columnas si quiera sea dedicándole breves líneas.

Recuerda el Sr. Tercero el caso de un juez de instrucción, en funciones de guardia, que ordenó la restitución a la casa materna de una señorita mayor de edad a quien se había recluido en un convento, por estimar la madre que no habiéndose roto por completo los lazos familiares la asistía el derecho de corrección moderada que concede a los padres el artículo 168 del Código civil sobre los hijos no emancipados. Y plantea este interesante problema jurídico: ¿Tienen los padres el deber de vivir en compañía de sus hijos después de cumplir éstos la mayoría de edad?

La ley otorga la patria potestad a los padres respecto de sus hijos no emancipados; pero esta potestad termina al llegar el hijo a la mayoría de edad, en cuyo momento adquiere éste la plenitud de sus derechos civiles, cesando los que el padre, ó la madre en su defecto, sobre el hijo tenían. Y de aquí surge el problema.

Es incontestablemente lógico que al cesar los «derechos» del padre sobre el hijo emancipado cesan también sus «obligaciones», sin otra limitación que la establecida por el artículo 321 del Código civil respecto a los hijos de familia mayores de edad, pero menores de veinticinco años, que no podrán abandonar la casa paterna sin licencia del padre ó de la madre en cuya compañía vivan, como no sea para tomar estado, en cuyo caso entendemos, como el articulista de «A B C», que al derecho de retenerlos corresponde al derecho a estar; ha de ir inherente la facultad de corregirlos. Pero con ser esto tema concreto muy interesante, a nuestra consideración acude otro de carácter más general, y que, a nuestro juicio, es el que entraña en sí con toda su intensidad el problema jurídico planteado por el Sr. Tercero.

En general, y aunque sea muy doloroso reconocerlo, el hijo, al llegar a su mayoría de edad, momentos culminantes de la vida, que espera con ansia, entra con plena conciencia en la posesión de sus «derechos civiles», que las ms de las veces consisten, y así lo entiendo, en el cese de la tutela paterna para lanzarse a la vida sin freno alguno y en absoluto libertad; pero exigiendo, eso sí, que los padres continúen cumpliendo sin variación alguna sus obligaciones. Estas no cesan con la emancipación. Son obligaciones que persisten.

Es raro el caso, sin embargo, en que los padres protesten de este modo singular de interpretar el derecho familiar y re-

puñen o arrojen del domicilio paterno al hijo emancipado, negándose a seguir prodigándole sus cuidados y atenciones. El amor paternal es abismo sin fondo, y siempre está propicio a hallar la disculpa a las demasías y egoísmos de los hijos. Pero es triste y dolorosamente frecuente el caso en que el hijo se entrega a una vida licenciosa y depravada o la hija queda por las pendientes del deshonor, desoyendo y menospreciando los sanos consejos que el amor, unido a la experiencia de los padres, les prodiga, y no son pocos los casos en que a los sanos consejos y suaves reprensiones se conteste por el emancipado y amador de edad con los más brutales razonamientos, que llegan a pocas veces hasta los malos tratos de obra; y no es raro ver a la joven casquivana y inconsciente de sus derechos despreciar y burlarse de la autoridad maternal.

Y aquí está el problema, que podría plantearse en estos términos: ¿tienen los padres la obligación de tener en su compañía y tolerar a los hijos mayores de edad o emancipados cuya conducta, así moral como familiar, es contraria a los vínculos familiares? La ley guarda silencio. Los padres que en tan doloroso caso se encuentran, y no son pocos, que tales son las consecuencias del moderno ambiente social, se encuentran totalmente desamparados y a merced del capricho del hijo depravado o de la hija ausente de recato y pudor, sin que encuentren medio legal de hacer que el hijo que se hizo incompatible con la vida familiar abandone el hogar paterno.

El que escribe estas líneas ha tenido ocasión de conocer muchos casos como éstos, en que tuvo que aconsejar paciencia a los que en su dolor vinieron a solicitar consejo, porque la ley no da medio de remediar tales males, los mayores sin duda para el corazón paterno, oyendo exclamar con el mayor desconsuelo: ¿Qué ley es ésta que no sabe amparar a los padres contra las demasías de los hijos!

El Sr. Tercero, reputado masista del Derecho, encomienda la solución de este importante problema, mucho más frecuente de lo que se puede suponer, al Directorio. Nosotros también excitamos su celo y esperamos que preste su atención, subsanando con una meditada resolución «el silencio de la ley».

BASILIO EDO

ESTE NUMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA MILITAR

La me... ta al Pa... ximo no... pantes y... novar la... do a 50... vas de... les. No... promesa... ser la II... Decían... telegráfo... tades de... ciclismo... de edad... domingo... do la g... día, sin... con el d... opinión... rakmento... establece... rredores... lante y... Han dem... que eran... que su pa... competenc... esperanzas... esto, cuan... tableca... grandes... do en Espa... dedos las... cipado cor... suficiente p... mismo y p... tos...

La prueba... dureza, por... que se figu... figuras q... bres de... han debie... Y no es... ta al País... mites de h... nadie puede... dureza aniq... recorrido p... nacional de... ocupa.

Algunos de... tes extranje... acabamos de... so, como u... ganarse algún... han pagado s... figuras de v... rendirse abte... ¿Cuántas y... recorrido a l... Verdylak, Pa... en la cuve... rroral!

Nos... era un... barnos d... y... Lizaraga... esta caric... so turista... solo admito... abandonar... luego er... do la subida... lidad se pres... rredores extra... der su error... La II Vuelt... gran carrera

Hemos ba... dion y creen... tante. Es... diáfana clar... gigantesco... sido una or... dada con ta... lles, que no... alto que es... pueda organ... con más esm...

Y hemos c... moso crítico... nocida comp... labras halag... os queridos... han sido est... de etiqueta... ante la clo... hecho habin... lides del c...

UN

Don José... la Joya...

Para... madrileño... mado car... tarde de... En no... costeadu... merecido

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO O EL TRISTE DESPERTAR DE CAYETANO

(SAIN TE)

Lugar de acción: Una calleja de los barrios bajos. El reloj de la torre de las manzanas anuncia las tres de la mañana. El calor es sofocante. La pareja de servicio charla con el sereno. Canta la coquerita. Se oye, allá a lo lejos, una copla flamenco y el rasguear de una guitarra. En el arroyo duermen las vecinas. Cayetano coquea, Ceferina, su mujer, vela su sueño y le abraza con un "pay pays" anuncio del chocolate "Cifundia". En el botijo no queda ni gota; fue noche de calor y charla y se abusó del pancudo cacharro. De pronto, Cayetano sueña en voz alta, y Ceferina, resignada, escucha el marido.

CAYETANO (soñando).—No te cases mañana, Pepilla, con ese hipopótamo; no te cases, paloma, que te buscas la ruina...

CEFERINA.—¡Y tié razón!... Lástima de chica tan guapa... y tan güena, y casarse con ese Andás...

CAYETANO.—Mía que tú eres flor de un aroma que no se ha hecho pa las narices chatas de ese charrán... que no tié con qué oler.

CEFERINA.—¿Qué altruista d'hombré!... ¡Es un filósofo!...

CAYETANO.—Desprecia su dinero, que te ha envenenao el alma y te arrastra a la careoma...

CEFERINA.—¿Qué pensador q'ues!... Leído, es mu leído... Estoy por despertarle, no se le ofusque la razón.

CAYETANO.—No te cases, Pepilla, qu'el mundo es un baúl fasturado en pequeña. Da mañana el mitín a la hora de la epístola, hazte la desmayá y vente conmigo a Buitrago en el auto de las ocho, pa que te pinte a la acuarela mi querer y pa que estés conmigo en el paraíso...

CEFERINA.—Pero, ¿qué dice este Adán? ¡Mi madre, qué revelación!...

CAYETANO.—Ya te lo he dicho muchas veces «soto voches»: mi mujer es un remontoire que ya no da ni la hora.

CEFERINA.—Ni tú los cuartos, granuja, que te lo gastas tó en vino... ¡A éste le arrugo yo el sueño, y va a despertar vendao!

CAYETANO.—No puedo con ella; es mucha Ceferina. Este padecimiento de mi estómago es de tenerla a mi lao. Están d'acuerdo los doctores... y tengo que mudar de paisaje.

CEFERINA.—Ya pediré consulta, rico... ¡Vamos, yo no tengo paciencia pa oír esto! ¡Ceferina, por Dios, reprímete y escucha, qu'el que escucha su mal oye!... ¡Este tío es un esatírico!

CAYETANO.—Líbrame del cautiverio, Pepilla. Cargué con ella como el que carga en una rifa con un juego de cacerolas. ¡Por ti bufo como los gatos...

CEFERINA.—¡Pos ya te daré yo cordilla, minino!...

CAYETANO.—Da el mitín, paloma torcaz; déjale a ese mal ángel con un palmo de narices, que buena falta le hacen, y vente conmigo...

CEFERINA.—¡A Buitrago!... Esa te ve a ti mañana la cara por los rayos X y a real la entrá como a los fenómenos de barraca... ¡Habrás visto!... ¡Y s'ha callao! ¡Qué lástima!... ¡Ya parece que vuelve a idéntica!

CAYETANO.—Mía qu'eres bonita, chiquilla!... Parece mentira que de un zapatero de portal y de una vendedora de «dulces» haiga salio ese capullo tempranero... No te despartes, tonta, que no muerdo...

CEFERINA.—¡Pues perro ya eres!...

CAYETANO.—Si vas a ser tú para mí el ideal y la regeneración con falda corta y chambrita transparente; por ser tuyo, hasta, si quieres, me hago pocero de linterna pa pelear con las raíces del alcanforillo... No me digas que no, gacela, que a tu padre le gano con «medio chico». Ven acá tú, hermosísima paloma privada de libertad...

CEFERINA.—Anda, ¿pos no estoy llorando? ¡Qué perra he cogio!... ¡Seré panóli!...

CAYETANO.—Pero, chica, no huyas, que no soy el de la contribución... ¡Que te llevo diez años! Algo te tengo que llevar, no lo vas a poner tú to... Vamos, tontueña, no te pongas pesadilla.

CEFERINA.—Pesadilla la tuya, que te va a costar siete meses de cama... ¡Ladrón! Más que ladrón! ¡Y que le haiga yo dao a este tío el sí en San Andrés...!

CAYETANO.—Vamos, dame la manita, aunque no sea más que la manita, pa que te estampe en ella una calcomanía con los labios...

CEFERINA.—No, pues yo le doy la manita, pasa lo que pase (le da la mano, y el sereno la coge y la besa).

CAYETANO.—Esta es una mano, y no la resma que se trae la Ceferina... ¡Déjame que te dé otro, qu'es de peluche!... ¡Y otro!...

CEFERINA.—Besa, besa, que a tu verdugo besas!... Güeno, éste me la come... Pos yo sigo la broma... ¡Unda, y m'abraza!... *Los del orden y el sereno que se fijan en la escena del matrimonio.*

SERENO.—Vamos, seña Ceferina, que viene clareando el día... y las canas son una cosa seria.

CEFERINA.—¡Es mi hombre!...

SERENO.—Y tú, Cayetano...

CEFERINA.—No le despierte usted, qu'está idealizando y le va usted a arrugar el idilio. ¡Está de boda el hombre!...

SERENO.—Sí; pero el ornato público es el ornato... Tú, Cayetano... ¡Eh!... ¡Arriba! *(Cayetano se despierta, cogido a la mano de su mujer.)*

CAYETANO.—¡Mi madre! ¡Qué es lo que veo! ¡Qué es lo que palpo! Esto es una visión.

CEFERINA.—Una visión que te cose y te zurce como tú no lo mereces, ¡charrán!...

CAYETANO.—¿C ó m o?... ¡Cuándo!... ¡Qué delirio es éste! ¡Qué pasa aquí!... ¡Yo!... ¡Tú!... ¡El sereno!...

SERENO.—El mismo, y arribita pa casa, que ya amanece, y yo voy a la taberna de ahí con los del orden a matar el gusanillo.

CEFERINA.—¡Está mu lejos eso?

SERENO.—Ahí, en cá de Lucio; ¿por qué lo dice usted?

CEFERINA.—Por si necesitamos de sus servicios.

SERENO.—Chutflas con la autoridad, no. Vamos, pareja. *(Vanse el sereno y los del orden.)*

CEFERINA *(zarandeando a Cayetano, que vuelve a quedarse dormido)*.—Vamos, tú, que a las ocho sale el auto de Buitrago...

CAYETANO.—¡Chica, qué noche! ¡Qué insonio! ¡A mí no me vuelvas a dar más de cenar escatoche de bonito!...

CEFERINA.—Sí, porque luego se presume mucho; desde mañana te lo daré de aún.

CAYETANO.—No te burles, que no sabes qué sueño he tenio. Soñé que te razzaban.

CEFERINA *(con guasa)*.—¿A mí? CAYETANO.—Pero que con to el equipo... ¡Vamos, mía que robarme a mí lo que más quiero! *(abrazándola)*.

CEFERINA.—¿Pero has visto qué ladrones! ¡Y tú, qué!

CAYETANO.—Yo, hecho un figre, luchando a brazo partido con los creminales, y ya ves cómo me he despertao, cogio a tu mano, que es una golosina.

CEFERINA.—Pos te va a hacer pupa, y Dios te lo pague, rico. Voy a pedir pa ti la cruz de Beneficencia y pa mí la laurea, por haberme casao contigo.

CAYETANO *(que coge el botijo)*.—Oye, ¡pero no queda agua!

CEFERINA.—No quiero que naufragues. Arriba tiés una poquita en el jarro, ¡al susto.

CAYETANO.—¿Qué susto!

CEFERINA.—A lo mejor no sabe uno lo que le espera a uno; y si quieres tomarte, ahí, con las autoridades, una de lo triple, tómate cinco, por si no lo vuelves a catar en seis meses por prescripción facultativa.

CAYETANO.—M'anonadas! Te veo así algo desencuaderná.

CEFERINA.—A lo mejor no sabe uno lo que le espera a uno.

CAYETANO.—Güeno, güeno; vamos p'arriba, que ya es hora de que uno pueda descansar a gusto y a sus anhas.

CEFERINA.—¿Que en paz descañese!...

CAYETANO.—Oye, eso parece me lo has dicho con vistas al sepelio.

CEFERINA.—¿Puede!...

(Vanse Ceferina y Cayetano puerta foro. Cruza la calle una viejecita que preona:—¡La churrera, calentitas! A poco se oye ruidos de cacharros y a Cayetano que grita: ¡Socorro! ¡Guardias! ¡Que me matan!... Llegan el sereno, los del orden, la vieja de los churros y algún curioso madrugador más. Se abre la puerta del portal y aparece Ceferina en actitud de luchadora y cogida a su hombre, que aparece con un ojo lesionado, con varias escalabraduras y, como vulgarmente se dice, hecho un trapo.)

CEFERINA.—No ha pasao na; ya lo dijo Aliatar: «Estaba escrito!» Hagan ustedes el favor de cuando pase el carro de la basura de echar en él estos despojos *(por Cayetano)*.

GUARDIA.—Pero, ¿hay lesiones? CEFERINA.—Sí; pero son conjugales, mimos del hogar.

SERENO.—Pero la ley es la ley.

CEFERINA.—Churrera, diez de churros; guardias, sigan libando. Que oscilen los mirones. *(A su marido)* Tú, a Buitrago.

CAYETANO.—Mujer, si los sueños sueños son, como dijo Calderón.

CEFERINA.—¿A Buitrago!... *(dándole una patada)*. Y usted, sereno, ya sabe lo que dijo don Ricardo de la Vega a su cofrade de usted: «Ni usted aquí toca el pito, ni usted aquí toca na». Esto, después de to, no ha sido más que el sueño de una noche de verano o el triste despertar de Cayetano.

Telón.
ANTONIO CASERO

27 agosto 1925
República

¡AGUA VA!... SAINETE

Lugar de acción, una mañana espléndida en la playa donostiarra; el cielo está sin nubes, tranquila está la mar. Junto a las casetas de Berascoitia, y bajo los toldos, toman las brisas los veraneantes. Los niños juegan con la arena; las olas van y vienen sin cesar; cruza la bahía algún que otro barco, y se recora la vista al ver en la inmensa llanura del mar las aves marinas con rumbo hacia acá.

Personajes: Ya iremos haciendo su presentación. Nicéforo, trapero distinguido del Rastro de Madrid, admira a las usirenas, mientras su mujer, la Sinfo, agarrada a Berascoitia, se zambulle en las olas. Junto a Nicéforo, un hombre de aspecto aragonés contempla embobado el panorama.

Nicéforo.—Mi madre, y qué de cosas se ven aquí, en la mar...

Aragonés.—La mar...! Ya li veo a usted haciendo gesticos.

Nicéforo.—Es que esto es una película acuática.

Aragonés.—Mejor diría yo el teterimundi en las fiestas de Rieña. ¡Ridiez, y qué anguilla aquella qu'entra ahora...!

Nicéforo.—¿Cuñá!

Aragonés.—La que va con aquel barbo. Como la vea un can la ladra.

Nicéforo.—¿Por qué?

Aragonés.—Porque no tie na que roer.

Nicéforo.—Oiga usted, amigo: Pa moza desarrollá y que se ve que en su casa se hace la compra al contao, aquella qu'está agarrá a la maroma.

Aragonés.—La de junto a la banderica?

Nicéforo.—¡Ole! Aquella que tie más carnes que un cubierto de veinte pesetas sin vino.

Aragonés.—La del traje colorao, con una franja amarilla?

Nicéforo.—Justo; esa que parece la portá de un estanco...

Aragonés.—Ea la Pilara, mi mujer.

Nicéforo.—Usted perdona, amigo, que yo la...

Aragonés.—Na, hombre, na; los ojos s'han hecho pa ver, además que la carneica no es pa los vegetarianos, y usted debe ser d'esos; no tie importancia; algo más tie pa mi aquella morruda rebajustica que se da empentones con las olas.

Nicéforo.—La que está cogia al bañero?

Aragonés.—La misma. ¡Ya es uná moza, ya; mucho güena!

Nicéforo.—Pos se la regalo a usted pa un dije.

Aragonés.—¿Es acaso la parienta?

Nicéforo.—Por lo civil y lo eclesiástico.

Aragonés.—Digo lo de endenantes: usted perdona, amigo.

Nicéforo.—De na, hombre, de na; además revela usted tener mal gusto.

Aragonés.—¿Si qu'usted la ha tenío güeno...!

Nicéforo.—Mujer, d'usted pa mí, que si la rifaran compraba yo todas las papeletas, la bañera, la mujer de Berascoitia.

Aragonés.—¿Ya es majica, ya, Nicéforo! Pero que majica de Goya! Además que cuando la veo m'acuerdo de mi niñez...

Aragonés.—¿De su niñez?

Nicéforo.—Sí, porque a mí m'han gustado las curvas más que los palotes. Y luego esa manera d'hablar l'hace de una coquetez que abruma. Miste, aquí viene con los mirrelitos descazcos y una sonrisa vasca catufa. ¡Vaya usted con Dios, peña del Cantábrico!

Ignacia (mujer de Berascoitia).—¿Ya nos estamos con guasitas?

Nicéforo.—Ya la he dicho a usted en castellano de la calle del Grafal qu'el día que quiera usted saludar al Dios Neptuno, rey de los mares, le llevo yo a usted a Madrid en «Ford».

Inasia.—Ya te estás tú bien bueno. Consiencia no se tiene que su mujer que mira.

Nicéforo.—Pero no ve, ¡preciosa!

Inasia.—Profanación ya te hasen del matrimonio, o así: ya andamos en esto, y obligación no hasenos, quite, quite.

Nicéforo.—Miste lo que he puesto en la arena con la varita: «Te camelo, chata!».

Inasia.—Ya te lo llevará el mar; y no siga, que ya le diré a esposa.

Nicéforo.—Y me da un banquete.

Inasia.—¿Ensimá de ofensa?

Nicéforo.—Por el gusto que he tenido en la elección de sustituta...

Inasia.—Manos quietitas tener pues.

Nicéforo.—Es que se solazan los nervios.

Inasia.—Pues tía ya te darías.

Nicéforo.—Inasia, déjame que te lleve en el pensamiento con un letrero que diga «Souvenir de San Sebastián».

Inasia.—A mí qué se me importa pen-

Sinfo (a Nicéforo).—¿Conque t'ha dao la basea por una vasca?... ¡Toma!...

Nicéforo.—¿Que la sujeten!

Inasia (a Berascoitia).—¿Ya me traicionas en la mar? ¡Separación haremos!...

Berascoitia.—¿Inasia!

Inasia.—¿No t'asereques, infelo!...

(Sinfo sigue como una loca repartiendo golpes a diestro y siniestro. La gente grita; los celadores no pueden sujetarla; sube la marea y una ola se encarga de dar fin al sainete. ¡¡Agua va!!, gritan todos corriendo desavoridos. La madame esco-



samiento que tú te tendrías? Pobre que me soy, homradós que me tengo, y Berascoitia ya me da buen marido desente.

Nicéforo.—Pero al fin y al cabo es un esposo pasado por agua.

Inasia.—Con mi pan me lo como, o así.

Nicéforo.—Mia que la murga del tío Teja está aprendiendo la marcha rial pa cuando tú llegues a Madrid.

Inasia.—Yo con sorsico ya me quedo en Donostia.

Nicéforo.—Vamos a jugar a que yo era un cámbaro y te cogía así...

Inasia.—Y yo así! (Dándole una tremenda bofetada).

Aragonés.—¿Camarero! ¿Que traigan chocolate, que aquí hay tortas! ¿Ridiez, qué gofetá!

Nicéforo.—M'has puesto en la faz la mano!...

Sinfo (Que ha visto a Inasia pegar a su hombre).—¿Qué es eso! ¿Qué pasa aquí!...

Nicéforo.—Arrea! Este tiburón da el mitín! ¡Arropate, mujer, que sales del agua!...

Sinfo (a Inasia).—Oiga usted, so sosa, ¿a mi marido por qué le ha dao usted en la cara?

Inasia.—Porque faltar a usted quería haciéndome amor.

Nicéforo.—Eso es de una falsedad donostiarra que atortola!...

Sinfo.—Contigo ya m'entenderé yo luego en Ategorrieta!... Pos, miste, pa que otra vez no pegue usted al mio, ¡tome!...

Inasia.—¿Berascoitia!... ¡Selador!... ¿Que sujeten apía!... ¡Loca se ha vuelto esta!

Aragonés (a Berascoitia).—¡Ridicha, corra usted maño, que a su parienta la están poniendo tibia.

Berascoitia.—Falta se la hace, que conmigo ya se es glacial. (Berascoitia, al tratar de separarlas es golpeado por Sinfo, que como una loca reparte golpes a todos los que a ella se acercan para calmarla.)

Sinfo (a Berascoitia).—Y a usted también, sagardío! ¡Pellizqueme usted ahora, y no en el agua!...

(Al oír esto Inasia y Nicéforo se indignan.)

Nicéforo (a Inasia).—¿Lo ve usted cómo por mar y por tierra el tiempo es oro?

peta de las de Pérez Tufillo, que en la retriegua perdió el lulú, exclama: ¡Oh, mon Dieu. Mi pequito que se ahoga! ¡Cinco duros le doy al que lo salve!...

—Por cinco duros—dice un mirón quitándose la ropa—salvo yo al perro de San Roque!...

(Telón)
ANTONIO CASERO
San Sebastián, agosto 1925.

LAS SOCIEDADES MEDICAS Y FARMACÉUTICAS Y LA LABOR DE LA COMISIÓN SANITARIA

Por ser del mayor interés para la salud de una gran parte del vecindario, creemos de utilidad reproducir estas manifestaciones que nos remite una persona que conoce el asunto:

La Comisión sanitaria respondía a una verdadera y urgente necesidad: la de poner término y remedio a los notorios abusos cometidos por las Sociedades médicas farmacéuticas. Desgraciadamente, a juzgar por los acuerdos que se conocen de esta flamante Comisión, integrada por médicos y farmacéuticos dueños (1) de Sociedades, el nuevo organismo no responde mucho menos a las esperanzas puestas en él.

Según las referencias publicadas por la Prensa, uno de los acuerdos tomados por estos señores dice que «los dueños de Sociedades podrán nombrar para sus servicios las farmacias que crean convenientes». De ser esto cierto, tememos que todo lo que haga la Comisión sanitaria resulte perfectamente inútil.

Precisamente este es el punto culminante de la cuestión y la raíz de todos los males. A atajar este abuso debió consagrarse en primer término la labor de la Comisión si quería hacer obra eficaz. Lo único que podría sanear estas Sociedades sería

LAS CACEROLAS

"La Verbena de la Paloma"

20 agosto 1926

—El juego de cacerolas es pa ti, porque te llamas como aquella otra chullilla de la verbena, Susana, y m'ha tocao en el doce, pa que le luzcas en casa con un letrero que diga: «¡M'has matao, Samuel!» ¡Palabra! El juego de cacerolas es pa tu cocina, ¡chata!

—¿Tiés gato?
—¿Por qué lo dices?
—Porque vivirá á sus anchas; con un hombre de tu porte el padrón e un *pigrama*; eres lo más quevedesco del plano de Madrid.

—Ande, pues me pillas casualmente en lunes, que si m'atrapas en domingo, se te queda fea de reir la cara.

—¡Miá qu'eres chulo, Samuel!
—Como que de puro *caña* y chulo que soy, m'acuesto con la gorra á un lao.

—¿Me chalas
¡Qué caídas!...

—Pa caídas,
¡ni padre.

—¿Tenía gracia?
—Un sauce talmente; pero era picador de tanda.

—Oye tú, sindeticón, que t'has pegao á mi lámina y me tiés por la verbena dando paseos, y, ¡nada!, no sé qu' es haber bebido tan siquiera un vaso d'agua á la vinagreta.

—Oye:
pide canelita en rama, que pa mí sabes que son un decreto tus palabras.
—¿Como tú le he soñao yo p'al himeneo!

—¡Chulapa!
Esa frase me la bordas en un pañuelo...

—¿Guayaba!
Pero ¿de la invitación?...

—¿No he tenío telegrama!
—¿Pos sí qu' es una verbena de la Paloma con pata!...
—Me gustas más de secoano que de regadio.

—¿Calla!
¿Y eres tú el que quíe lucirse conmigo en el padrón? ¡Cárgaras! No me gustan los boqueras.
¡Lo qu' es tú á mí no me calas la sopa!

—¿Qu'estás diciendo?
—Pos una verdaz que aplana.
—Eso es hacerle de menos

al hombre que te idolatra. Además, que te conozco de sobra, y estás que rabias por convidarme á un cigarro y á una copa de cazalla.
—Y á nombrarte mi heredero forzoso, y ¡un par de ranas en pepitoria!

—¡Se acatan!
—Bueno, sí, del lobo, un pelo: en vista de que te aplanas y no m'invitas ni á oxígeno, dame, si me la regalas, el juego de cacerolas.
—Con una condición, chata: como son siete las que hay, que cada día me hagas un guiso en cada una de ellas.
—Vamos, sí, ¡quién la semana de la cacerola! ¡Ole!
¡Siete días de *veranga*!...
Pos hazte vegetariano

porque el asunto no cuaja; á ti no se te indigestan, ¡por estas cruces!, las salsas de esas cacerolas...

—¿Oye!
Pero ¿adónde vas, chulapa?
—A lucirme, á la verbena, lo mismo que mi tocaya.
—¿Y si á mí me dan los celos, y con los celos la rabia?
—¡Al Instituto antirrábico!...
¡Ahí va, que mancho!...

—¿Susana!...
¡Miá qué!...
—¿Samuel, que tiés madre!
Vamos, quita, m'hacéis gracia; hoy ya no queda un Julián, como aquel Julián de marras, que por amor y por celos quiera que sea sonada la *verbe* de la Paloma como en la *verbe* de marras.

ROMANCE MADRILEÑO

POR

ANTONIO CASERO

DIBUJO DE CASERO (HIJO)

B
A
S
!

B
O
M
-

!Z
A
M
-

LA Nohegüena se viene,
la Nohegüena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.»

—No sea usted agorera, señá Justa,
y no se venga usted con «bequerianas»,
también las golondrinas se marcharon
y volvieron después.

—Sonsí, Garrafa,
y vete preparando ya el sepelio
pa esas tres aves, que también se marchan
pa no volver jamás.

—Es la fatiga
d'haber venido andando dende Paula.
—No parece que vienen de tan cerca,
pues parece que acaban
talmente de llegar de Panticosa.
¡Miste que tres alhajas!
Guárdalas pa un potaje,
porque no tienen chicha que le haga
al que las coma de pecar.

—Señora:
un poquito de lástima,
y no se meta tanto con los huesos
de los animalitos, pos m'extraña
que teniendo usted un «hueso» por marido
sea usted tan osaria.

—¡Ay, hijo, es que me gusta la melicia
y me he casao con un fusil! ¡Qué pasa?
—¡La tropa por la calle de Esparteros!...

¿No oye usted la charanga?...

—¡Zambombas! ¿Quién me merca una zamba
pa acompañar al jazzbán?... [bomba]

¿Quién quiere que le dé por unas perras
ornamentá la lata?...

—No se moleste usted; ¡mi un parroquiano!

—Ay, hijo, sí, tenemos á la infancia.

Dejad que los *anfanes* se m'acerquen
á mí como á Jesús.

—Pos no faltaba
más, señá Justa; sí, pa usted pa siempre...

¡Niños, la zambombero sus reclama
y sus va á regalar una zambomba!...

*(Los niños se aproximan y la asaltan
el puesto de zambombas á la Justa,
que acercándose al tío de las perras
le grita.)* Aquí me vengo con las aves;
vamos á ver qué cena me preparas,
que la chiquillería del distrito
se adueñó por tu culpa de mis latas,
y no me quedo yo por tus guasitas
sin cenar en la noche tan sonada.
Conque reza un responso á los escuálidos.

—¡Señora! ¡Son escuálidas!

—Pues hembras ú varones, lo que sean,
pronto la pepitoria les aguarda;
comeremos con lupa pa buscarles
la carne, que sin lupa no se halla.

—¡Y no tiene usted miedo á que algún
[hueso]?...

—S echa mano al tintorro de la Mancha.

—¡Y si viene ese «hueso» de su hombre?...

—Pos viene con nosotros, cena y calla...

¡Es una ternillita; no es un hueso!

—Pos, miste, señá Justa, sus palabras

me llenan de emoción. ¡Animalitos!

¡El sacrificio del deber os llama!

—Quintín: eres el *as* de los paveros;

eres el *as* de los amigos.

—Basta:
debemos de fallar, y aquí fallamos...

—¡A un *as* de tu valer no se le falla!

—Fallamos; lo repito y lo sostengo,
que les debemos condenar...

¡Que te escuchan!...

—¡A muerte!!

—¡No hay indulto!

—Si a usted la da lo mismo, habrá patatas.

—Lo dicho: eres el *as* de los paveros.

—¡Y usted de las zambombas es el *asa*!...

*(Se van alegremente por el foro;
se relamen los guardias,
y aún se escucha la copla, allá á lo lejos,
entre risas y palmas.)*

«La Nohegüena se viene;
la Nohegüena se va,
y nosotros nos iremos,
y no volveremos más.»

Antonio Casero

Viernes Santo

Nuevo Mundo

ESCENA DE SAINETE

15 Abril 1927

—¿De dónde viene usted, señor Patricio, tan jaque, tan gallardo y peripuesto?
—De lucir mi reuma por las calles, y de aspirar ambientes de mi pueblo, que hoy es el viernes santo, y las mocitas se adornan con encajes almagraños, y hay que quererlas, pues se alegra el alma, y se avivan, mocito, los recuerdos. De lucirme unas miasas con mi nieta, que iba como un lucero, y no es que yo la elogio, Ceferino, porque sea su abuelo, es porque es una flor fresca y lozana, orgullo de mi huerto; porque, por lo bonita y pinturera, es un clavel moreno, porque sí, porque Dios así lo quiso que fuese un capullito tempranero. Yo la dije: «Mi nena; si tú quieres complacer á tu viejo, ahí tienes la mantilla de tu abuela, sus arracás de rosas y arabescos, los corales de grana y abalorios; adórnate con ellos, y presta tu hermosura á los diamantes, que brillan más tus ojos agarenos.

Da envidia con tu cara á los claveles que luzcas en tu pecho, y siéntete por hoy más madrileña, pa que me sienta yo más madrileño». Se puso la mantilla y los corales, me puse el traje nuevo; se agarró de mi brazo, y al mirarla me emocioné un poquillo.

—¡Sí lo creo!
—Porque al ver á mi nieta tan manola, á mí lao presumiendo, lloraba de alegría recordando los ya pasados tiempos, ¡días de juventud que ya no vuelven!, ¡costumbres que se fueron!... Lloraba de alegría ante mi moza, que aun conserva su pelo, pa sujetar airosa la peineta y un puñado de claveles; y así, oliendo, ella á moza de rumbo y gallardía, y yo á purí, de ambiente postinero, nos fuimos á lucir nuestra fanfarria por donde ya ni en broma entienden de esto. «¡Vaya moza, la moza!»—nos decían—. «¡Vaya temple el del viejo!» Y yo, más ahuecao que una patata

de las *chufles*, repuse al del requiebro: «Pos aprendan de aquí, pollitos peras, y pongan el remedio, pa que siquiera al año quede un día que se le rinda culto á lo que es nuestro. ¿No os parecen así más españolas? Pues una vez al menos dejad que se coloquen la mantilla pa recrearos luego en la gracia de Dios con madroñeras y encajes almagraños.»
—Muy bien, señor Patricio, ¡usté es un hombre!
—¡No te quepa duditá!

—¡Ni por piensol!
—¡Pos presumí yo poco con mi nena!
—Si qu'es pa presumir, ¡es un lucero!
—La mar de refulgente, y que te coste que no se peina pá ninguno de esos que las quieren pelonas; mi chavala, mientras viva su abuelo, tendrá que camelar á quien camele, yo no te digo; pero como no huela á macho á cuatro leguas, ¡por estas, que son cruces, no es mi nieto!

ANTONIO CASERO

Dibujo de Casero (hijo)

"La Nochebuena del Niño"

(BOCETO DE SAINETE)

Se celebra en los barrios populares la Nochebuena del Niño.

Polonia, mujer del pueblo, con mantón terciado y desgredada, va tocando un pandero de grandes dimensiones; Celipe, su marido, hombre alegre y bullicioso, maneja la zambomba con gran maestría; Pepita, hijo de ambos, redobla en un tambor desesperadamente; Zamora, el perro, va detrás de la alegre familia; en clase de canino es este animal un distinguido pensador. Sólo falta el gato, que no ha tenido a bien de acompañar a su gente porque está uchaleta perdido por una morronga de la vecindad. ¡Todo lo vence el amor!

Una pintoresca familia no ha cesado, y para entretener el hambre, va recorriendo el barrio, cantándoles coplas a todos sus conocimientos, que, agradecidos, los obsequian; es la única forma fácil de comer y beber en noche tan señalada. Ahora le toca al tendero de la esquina, que está para muy pocas bromas, pues se dió mal el año.

Páranse a la puerta de la tienda del señor Joaquín, que así se llama el tendero, y canta Celipe (con el tonillo de las coplas populares de Navidad):

Tengo que echar una copla por encima de un barril, pa que Dios le dé salud a ese que llaman Joaquín.

TODOS

Dale, dale, dale, venga, venga, venga, y borra esos picos de aceite y lentejas. (Dejan de tocar.)

POLONIA

Oye, pos no s'ha enterao.

CELIPE

Eso creo yo, Polonia; vamos, chico, no te duermas; costilla, canta tú otra.

POLONIA

(Cantando al son del pandero.)

A ese que llaman Joaquín y a su esposa, que son dos, que vendan muchos garbanzos es lo que les deseo yo.

TODOS

Anda, dile que entre, se calentará, porque corre un «griso» que nos va a pelar. (Dejan de tocar; el chico duerme y Zamora piensa.)

CELIPE

(A Polonia, extrañado de que no conteste el tendero.)

Oye: ¿Le debes tú algo a ese industrial que s'amosca, y se hace el niño demente, y no convida a una copa?

POLONIA

Hombre, sí; como deberle le debemos muchas cosas: le debemos una güena amistad, y media arroba d'aceite, y...

CELIPE

—Bueno, no sigas; ¡la tintematera en compota!

POLONIA

Pero, vamos, que no es óbice pa que convida a una copa, y abra el establecimiento como cumple a la parroquia.

CELIPE

Pos a mí no me desprecia un sabañón. ¡Vaya copla!

(Canta muy desatentadamente.)

Esta copla que yo canto se la canto con salero a ese gachó, que en un kilo suele robar kilo y medio.

TODOS

Ande, ande, ande, la Marimorena. ¡Que salga el bandido de Sierra Morena!

(Al terminar la copla, se abre la tienda y sale iracundo el señor Joaquín.)

SEÑOR JOAQUÍN

¡Quién ha dicho que yo robo!

CELIPE

¡El eco fatal!

SEÑOR JOAQUÍN

—¡Quién osa venir a turbar el sueño a quien no está para bromas!

POLONIA

Usted perdona, don Blusa; pero es que una servidora tuvo la galantería de dedicarle una copla.

SEÑOR JOAQUÍN

Más vale que me dedique lo que me debe.

CELIPE

—Pero, oiga, ¿es que va usted aquí a sacarnos a relucir ciertas cosas en una noche como esta de alegría y chirigota?

Hijo, termine usted el año como los güenos, ¡qué porra!, que viene un aine colao de la sierra, y se le cola, y adios ambición ridícula, y adios ilusiones tontas; tié que llevarlo a usted luto hasta la mojama.

SEÑOR JOAQUÍN

—Corran por ahí a buscar incautos y dejen a quien reposa. Y... güeno, adios, que la noche está pa muy pocas bromas. (Da un portazo y quedan a la puerta Celipe y Polonia.)

CELIPE

¡De modo que encima que uno vive de misericordia, y uno tié que repudirse si uno pensara estas cosas, qué usted que uno se arracone, y que a uno le dé llorosa...? Permita, don Abadejo, que le toque la zambomba; alegría y venga vino, y una copla, y otra copla; dale, muchacho, al pandero, y tú al tambor dale rosca; la Nochebuena del Niño



tié que sonar más que otras, y no se piensa en penitas en una noche de broma.

POLONIA

Y siga la caravana, y déjate de retóricas, y que viva entre sus fardos, y que la ambición le roa, y acéptalos por el mundo, alegres, cantando coplas, pa darle cobita al hombre, porque la vida es muy corta. ¡Que terminamos el año como todos, sin dos gordas! ¡Que se le va a hacer! ¡Paciencia...!

CELIPE

Pero tengo a mi Polonia que unas veces me da mimos y otra me da con la escoba...

POLONIA

Pero, te quiero, ¡negrazo!

CELIPE

Baja el diapasón, paloma, que está roncando el chaval y está dormido Zamora.

POLONIA

Pos, hijo, hay que despertarlos, porque se acerca la hora de que tomemos las uvas.

CELIPE

De eso habrá que hablar, hermosa; yo me las tomaré en líquido.

POLONIA

¡Ay, chico, yo no; yo sólidas!

CELIPE

¡Pos no dicen que la madre del vino es la uva!

POLONIA

—¡Cosas que dicen!

CELIPE

—Pos yo me bebo, y aquí lo llevo en la bota, al hijo, pa que la madre al verlo se ponga tonta.

POLONIA

Pos yo a la madre la rindo culto de amor.

CELIPE

—¡Tú estás loca!

POLONIA

¡Pues que el hijo te aproveche!

CELIPE

¡Pues... ¡a la madre, que es gosa!... (Antes de proseguir la caravana, Celipe y Polonia cantan con más brías.)

La nochebuena del Niño, que con el año se va, y nosotros nos iremos para no volver jamás.

(El muchacho acompaña adormilado, y Zamora sigue filosofando.) (Hacen su entrada triunfal en la Puerta del Sol a esperar que den las doce campanadas, que han de sonar como responso solemne que se le canta al año que muere. (Para hacer tiempo a que den las campanadas pueden cantar alguna copla alusiva. Al dar la primera campanada, Celipe y Polonia dirán): ¡Dios le haiga perdonao! ¡Una vez que sonaron las doce campanadas, sigue el diálogo):

CELIPE

Ya está aquí el año nuevo, ¡bien venido!

Salud a todos servidor desea. Sea el año novato año de bienes; año nuevo, paloma, vida nueva.

POLONIA

Eso me dices ya pa treinta años, siempre que un año empieza, y prencipias tu vida tabernaria antes de que los Magos aparezcan.

CELIPE

No me fustigues ya, serrana mía, y salda ya el balance de las cuentas.

POLONIA

Por mí, saldao: total, trescientos que me distes y tres palabras tiernas.

CELIPE

¡Y a cómo te supieron!

POLONIA

—Me supieron a mieles-tus palabras embusteras.

CELIPE

¡Lo ves qué bien empieza el año, [vida]

POLONIA

¡Y cómo acabará!

CELIPE

—¡Como Dios quiera! Pero dame esa mano, y mira al cielo, y bendice también las horas buenas que Dios le da a los pobres que se como nosotros dos.

POLONIA

—¡Qué más riqueza! (Celipe ofrece a Polonia vino de la bota.)

CELIPE

Bebe un poco del hijo de su madre.

POLONIA

Es rebelde esa «niña» y me mareo.

CELIPE

¡Vás a querarme tú, maga d'Orien [te]! Lo mismo que el Romeo a la Ju [lieta]!

CELIPE

¡Me vas a dar achares!

POLONIA

—¡Dios me libre!

CELIPE

¡Me vas a dar amor!

POLONIA

—¡El que tú quieras!

CELIPE

¡Me vas a dar parné!...

POLONIA

—¡Perdone, hermano! ¡Pide por esa boca zalamera; que duro que yo gane, pa ti el duro!

CELIPE

¡Se m'hace duro... de creerte, [auna]!

POLONIA

Sea el año novato año de bienes.

CELIPE

Año nuevo, paloma, vida nueva. (El matrimonio se va cantando alegremente; el chico, medio adormilado, refunfuña; el perro va a una honesta distancia, por si le dan el aguinaldo. Al amanecer, y enronquecida de tanto cantar, camino de su casa va la popular familia, orgullosa de haber vendido culto de tradición al año que muere y al que nace. Ya no tienen alientos para gritar: la zambomba no suena; el pandero está hecho jirones; el chico, cogido al mantón de su madre, va dormido; a la alegría y la bullanga venció el cansancio, y el perro filósofo, quizá diga para sus adentros la siguiente copla, que parece oírse en la lejanía:)

La nochebuena se viene, la nochebuena se va, y nosotros no comemos; pero reimos la mar.

ANTONIO CASERO

Los Amigos del Niño y la Joven Pintura mejicana

Homenaje al Sr. Ramos Martín

La Sociedad madrileña Amigos del Niño ha querido atestiguar su admiración y su afecto al ilustre pedagogo mejicano Sr. Ramos Martín, por su labor al frente de las escuelas de pintura de los niños anejicanos—labor de cuya eficacia es prueba elocuente la Exposición que actualmente se celebra en Madrid—, y para ello le ha rendido hoy un sencillo homenaje.

En los salones donde la Exposición se halla instalada, el presidente accidental de los Amigos del Niño, señor Carrillo, ha entregado al Sr. Ramos Martín el título de socio correspondiente de esta entidad.

Han pronunciado breves y elocuentes discursos los señores Gallo de Renovales, Samper y el ya citado Sr. Carrillo, que ensalzaron la importancia pedagógica de la Exposición y dedicaron efusivos elogios al Sr. Ramos Martín.

Este, muy emocionado, agradeció la distinción de que se le hacía objeto y dedicó frases muy sentidas a los niños españoles, allí representados por numerosos "peques", entre quienes el Sr. Ramos distribuyó unas violetas.

Al acto, por extremo simpático, asistió selecta concurrencia.

Las obras de arte españolas que figuraron en la Exposición de Filadelfia

NUEVA YORK 1. — A bordo del «Manuel Arnús» han embarcado con destino a Europa las obras de arte español que estuvieron expuestas en el pabellón de España durante la reciente Exposición Internacional de Filadelfia.

El precioso cargamento ha sido asegurado en 15 millones de dólares.